OTHON EL ARQUERO,

POR

ALEJANDRO DUMAS,

TRADUCCION DE

GONZALO BRAÑAS.

EDICION DE LA ILUSTRACION.

BIBLIOTECA VIGO PENZOL

CORUÑA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE PUGA:
1861.

M. 14320
R. 14284

OTHON EL ARQUERO.

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO DE

GONZALO BRAÑAS.

EDICION DE LA LIBERTADORA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE PUGA.

1861.

OTHON EL ARQUERO.

I.

Hácia fines de 1340, y era una noche fria, pero bella aun del otoño, un ginete seguia el angosto camino que costea la orilla izquierda del Rhin. Hubiérase podido creer, en vista de la hora avanzada y del paso rápido que hacia tomar á su caballo, ya fatigado de la larga jornada emprendida, que el ginete iba á detenerse al menos durante unas cuantas horas en la pequeña ciudad de Oberwinter, en la cual acababa de penetrar; pero, al contrario, internóse con igual rapidez, y como hombre á quien le son familiares, en medio de calles estrechas y tortuosas que podian abreviar algunos minutos su marcha, y reapareció muy pronto en el otro estremo de la ciudad, saliendo por la puerta opuesta á aquella por donde habia entrado. Como, á punto que bajaban el rastrillo tras de él, la luna, velada hasta entonces, acababa justamente de deslizarse en un espacio puro y brillante, á modo de apacible lago en medio de la

mar de nubes que hacia rodar por las bóvedas del cielo su fantástico oleage, aprovecharémonos de este rayo fugitivo para dirigir una ojeada al nocturno viajante.

Era éste hombre como de cuarenta y ocho á cincuenta años, de estatura mediana, si bien de formas atléticas y cuadradas, y parecia, tan en armonia estaban los movimientos del ginete con los de su cabalgadura, que ambos habian sido tallados en un mismo trozo de roca. Como se hallaba en país amigo, y por consecuencia libre de peligro, habia colgado su casco del arzon de la silla, y no llevaba resguardada la cabeza del aire húmedo de la noche sinó con un capuz de mallas, forrado de paño, el cual, cuando el casco estaba en su lugar ordinario, pendia en punta entre uno y otro hombro del ginete. Verdad es que una larga y espesa cabellera, que comenzaba á tornarse gris, hacia à su dueño el propio servicio que la mas confortable toquilla, y encerraba además, como en un marco natural, un rostro á la par grave y sereno, como el del leon. En cuanto á la calidad del ginete, no hubiera sido un secreto sinó para el cortísimo número de personas que ignoraban á la sazon el lenguage heráldico; pues, fijando los ojos sobre el casco del viajante, veiase salir, á través de una corona de conde que formaba la cimera, un brazo desnudo que tenia asida una espada desenvainada, mientras que, al otro lado de la silla, brillaban sobre fondo de gules, en el escudo pendiente de un costado, las tres estrellas de oro colocadas en figura de triángulo y pertenecientes á la casa de Homburgo, una de las mas antiguas y respetadas de la Alemania toda. Ahora, si se quiere saber mas acerca del personage que hemos puesto en escena, añadiremos que el conde Karl regresaba de Flandes, á donde habia ido, por órden del emperador Luis V de Baviera, à ofrecer la ayuda de su fuerte espada á Eduardo III de Inglaterra, nombrado, dieciocho meses antes, vicario general del imperio, y el cual, gracias á la tregua de un año que acababa de firmar con Felipe de Valois por intercesion de Mad. Juana, hermana del rey de Francia y madre del conde de Hainaut, habíale devuelto momentáneamente su libertad.

Llegado á la altura de la aldehuela de Melhem, el viajante se desvió de la ruta que habia seguido desde Coblenza á fin de tomar un sendero que entraba directamente en las tierras. Durante un instante, caballo y caballero desaparecieron en las profundidades de un barranco, para tornar á aparecer á la banda opuesta, siguiendo á través de la llanura un camino que á uno y á otro parecia serles muy familiar. En efecto, al cabo de cinco minutos de marcha, el caballo alzó la cabeza, relinchó como para anunciar su llegada, y aquella vez, sin que su amo tuviese necesidad de aguijarle con la voz ni con la espuela, redobló su ardor el bruto, y muy pronto dejaron en la sombra á su izquierda la pequeña aldea de Godesberg, perdida en medio de grupos de árboles; y, apartándose del camino que conduce de Rolandseck á Bona, y torciendo segunda vez á mano izquierda, avanzaron en derechura hácia el castillo situado en la cima de una colina, el cual lleva igual nombre que la aldea, sea que él lo haya recibido ó que se lo haya dado á ella.

Evidente era entonces que el término del viaje del conde Karl era el castillo de Godesberg; pero lo que era mas seguro aun, era que iba á llegar al lugar de su destino en medio de una fiesta. A medida que ascendia por el camino en forma de espiral que arranca de lo mas bajo de la montaña, y se acercaba á la puerta principal, veia las luces que proyectaban las fachadas por todas las ventanas; luego, detrás de las tapicerias ténuemente iluminadas, veia moverse sombras numerosas, que dibujaban variados grupos. No por esto dejó de proseguir su ascension el caballero, aun que hubiera sido fácil juzgar en el leve fruncimiento de sus cejas, que mas grato le hubiera sido caer en medio de la intimidad de la familia y no confundido entre el tumulto de un sarao; y asi, algunos minutos despues, franqueaba la puerta del castillo.

El patio estaba lleno de escuderos, lacayos, caballos y literas; pues, segun dicho dejamos, habia fiesta en Godesberg. En su consecuencia, tan pronto como el conde Karl echó pié á tierra, un ejército de sirvientes presentóse para apoderarse del caballo,

y llevarlo á las caballerizas. Pero el ginete no se separaba tan fácilmente de su fiel compañero, razon por la cual no quiso confiar su guarda á nadie, y, asiéndole el mismo de las bridas, lo condujo á una cuadra aislada, destinada para los propios caballos del landgrave de Godesberg. Los criados, aunque admirados de este atrevimiento, dejáronle hacer cuanto quiso, pues el caballero habia obrado con aplomo tal, que les inspiró la conviccion de que tenia derecho para obrar así.

Cuando *Hans*, que éste era el nombre que el conde daba á su corcel, quedó atado á una de las argollas vacantes, y tuvo una mullida cama de paja debajo de sí, colmada de heno la pesebrera y de avena la artesilla, el caballero pensó en su persona, y, despues de hacer algunas caricias mas al noble animal, que interrumpió su comenzada comida para corresponder con un relincho, dirigióse hácia la escalera de honor; y, apesar de los numerosos grupos formados en todas partes por pajes y escuderos, llegó por fin á los aposentos donde á la sazon hallábase reunida la nobleza toda de las cercanías.

El conde Karl se detuvo un instante en el umbral de una de las puertas del salon principal, para echar un vistazo al conjunto mas brillante de la fiesta. Esta era animada y bulliciosa, y cruzaban sin cesar jóvenes cubiertos de terciopelo y nobles damas ataviadas con trajes blasonados. Entre unas y otros, el mas gallardo jóven era Othon, y la mas bella castellana Mad. Emma, hijo el primero y esposa la segunda del landgrave Ludwig de Godesberg, señor del castillo y hermano de armas del buen caballero que acababa de arribar.

Por lo demás, la aparicion de este último personage habia producido efecto: solo en medio de todos los convidados aparecía, como Vilhelm á Lenora, cubierto de piés á cabeza con su armadura de batalla, cuyo acero sombrío contrastaba estrañamente con los gayos colores del terciopelo y de los tegidos de seda. Así que los ojos de todos se fijaron en el recien llegado, con escepcion, empero, de los del conde Ludwig, quien, de pié á la parte opuesta, parecía sumido en una preocupacion tan profunda, que sus miradas no cambiaron un momento de

direccion. Karl reconoció à su antiguo amigo, y, sin inquietarse en lo mas mínimo de lo que preocuparle pudiera, dió la vuelta por los aposentos vecinos, y, despues de sostener una lucha porfiada aunque víctoriosa con la multitud, encontróse en una cámara apartada, en una de cuyas puertas divisó, entrando por la de enfrente, al conde Ludwig, que no habia cambiado de actitud y continuaba cabizbajo y de pié.

Detúvose nuevamente Karl por espacio de un instante, con objeto de examinar aquella estraña tristeza, mas estraña aun en el huesped, que parecia haber comunicado á los demás toda su alegria, no reservándose mas que las cavilaciones; luego se adelantó, y, viendo que habia llegado hasta el lado de su amigo sin que el rumor de sus pisadas le sacase de la distraccion que le dominaba, y posóle una mano sobre el hombro.

El landgrave se inmutó y se volvió. Su espíritu, lo mismo que su pensamiento, estaban tan hondamente engolfados en un órden de ideas diversas del que por entonces venia à distraerle, que contempló durante un rato, y sin reconocerlo á rostro descubierto, á aquel que, en otro tiempo, hubiera nombrado con la visera baja en medio de toda la corte del emperador. Pero Karl pronunciò el nombre de Ludwig, alargóle entrambos brazos, ¡el encanto fué roto: Ludwig estrechó contra su pecho á su hermano de armas, mas bien como hombre que busca un refugio contra un gran dolor, que como un gozoso amigo que torna á ver a otro amigo.

Sin embargo, este regreso inesperado pareció operar, en el caviloso huésped de aquella alegre fiesta, un cambio feliz. Llevó consigo al recien venido á la otra estremidad de la cámara, y allí, haciéndole tomar asiento en un ancho sitial de encina, coronado de un dosel de brocado de oro, acomodóse cerca de él; y en seguida, ocultando la cabeza en la sombra. y cogiéndole una mano, suplicó á Karl que le narrase cuanto le habia acontecido durante aquella prolongada ausencia de trés años, que habia tenido separados al uno del otro.

Karl cumplió sus deseos, con toda la prolijidad guerrera de un viejo soldado, y contóle como las tropas inglesas, bravan-

tesas é imperiales, mandadas por Eduardo III en persona, habian ido á poner cerco á Cambray, llevándolo todo á sangre y fuego; como los dos ejércitos se habian encontrado en Buironfosse, pero sin venir á las manos, porque un mensaje del rey de Sicilia, que era muy entendido en astrologia, habia anunciado á Felipe de Valois, á tiempo que estaba para librarse la batalla, que le serian fatales cuantas acciones de guerra tuviese con los ingleses mandados por Eduardo III (prediccion que, mas tarde, se cumplió en Crecy); como, en fin, habian sido estipuladas treguas de un año entre los dos monarcas rivales, en la llanura de Esplechin, por mediacion, segun saben nuestros lectores, de Mad. Juana de Valois, hermana del rey de Francia.

El landgrave habia escuchado el precedente relato observando un silencio tal, que hasta cierto punto podia tomarse por atencion, aunque de vez en cuando levantábase con inquietud visible é iba á lanzar una mirada al salon de baile; pero, como luego volvia á su sitio, el narrador, momentáneamente interrumpido, no por eso cortaba el hilo de su relato, comprendiendo que el dueño de la casa tenia necesidad de seguir con sus propios ojos el órden de la fiesta que daba, á fin de asegurarse de que nada faltaba á los convidados. No obstante, en vista de que á la última interrupcion el huesped, como si hubiese dado á su amigo al olvido no volvia á sentarse al lado de él, púsose en pié el conde Karl aproximóse de nuevo á la puerta del salon de baile, por cuya abertura entraba en aquella retirada y oscura cámara una oleada de luz, y aquella vez el landgrave notó su proximidad, pues alzó un brazo sin mover la cabeza. El conde Karl colocóse en el sitio indicado por este ademan, y el brazo del landgrave tornó á caer sobre un hombro de su hermano de armas á quien apretó convulsamente contra si.

Era evidente que una lucha terrible y secreta tenia lugar en el corazon de aquel hombre, y no obstante Karl, por mas que dirigia ávidas miradas á la alegre muchedumbre que giraba delante de él, nada veia que pudiese ser causa de seme-

jante emocion; sin embargo, ésta era asaz visible para que un amigo tan afectuoso como el conde no se apercibiese de ella, y no sintiese cierta inquietud. Y empero, permanecia mudo, conociendo que el primer deber de la amistad es la religion del secreto para con las cosas que uno quiere tener ocultas; mas, en los corazones habituados á adivinarse, existe un contacto simpático: de suerte que el landgrave, comprendiendo este silencio íntimo, miró á su amigo, pasòse una mano por la frente, exhaló un suspiro, y luego, tras un momento de vacilacion,

—Karl, le dijo con sordo acento, mostrándole con un dedo á su hijo, ¿no encuentras que Othon se parece muchísimo á ese jóven señor que está bailando con su madre?

Sobresaltóse el conde Karl à su turno. Estas pocas palabras fueron para él lo que para el viagero, estraviado en un desierto, es un relámpago que rasga las tinieblas de la noche; á su claridad tempestuosa, por rápido que hubiese sido, habia visto el precipicio; y sin embargo, por mas amistad que profesase al landgrave, era tanta la semejanza que habia entre el adolescente y el hombre, que el conde no pudo menos de responder, aunque adivinase la importancia de su respuesta:

—Es cierto, Ludwig; diriase que son hermanos.

Empero, apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando, sintiendo que un calofrio recorria todo el cuerpo de aquel contra el cual se apoyaba, apresuróse á añadir:

—Y eso, pensándolo bien, ¿qué es lo que prueba?

—Nada, respondió el landgrave con voz ronca; únicamente queria yo saber tu parecer respecto de eso. Ven, pues, á concluir de narrarme tu campaña.

Y le llevó al mismo sitio donde Karl habia dado comienzo á su relato; relato que, aquella vez, concluyó sin ser interrumpido.

Apenas acababa de hablar, cuando apareció un hombre en el dintel de la puerta por donde Karl habia entrado en la estancia. A su vista, levantóse vivamente el landgrave, y avanzó hácia él. Uno y otro se hablaron, por espacio de un instante, en voz baja, sin que Karl pudiese oir una palabra de cuanto decian. Sin embargo, en los gestos del landgrave y del desconocido, fácil era

comprender que se trataba de una comunicacion de la mas alta importancia, de lo cual se cercioró completamente viendo volver al landgrave con rostro aun mas sombrio que antes.

—Karl, díjole á su amigo, aunque sin tomar entonces asiento; después de jornada tan larga como la que has emprendido hoy, debes tener mas necesidad de reposo que de bailes y fiestas. Voy á mandar que te conduzcan á tus aposentos. Muy buenas noches: mañana nos volveremos á ver.

Karl conoció que su amigo deseaba quedar solo; así que, púsose en pié sin replicar, y le estrechó silenciosamente la mano, interrogándole, por vez postrera, con la vista. Pero el landgrave no le respondió sinó con una de esas tristes sonrisas, que indican al corazon que no ha sonado todavia la hora de confiarle el sagrado depòsito por él reclamado. Karl, por medio de un último apreton de manos, dióle á entender que á cualquier momento le encontraria, y se retiró á la habitacion que le estaba preparada, hasta la cual, por alejada que se hallase, llegaba el rumor del sarao.

Acostóse el conde, llena su alma de tristes pensamientos, y de alegres sones sus oidos; durante algun tiempo, aquel estraño contraste pugnó por alejar el sueño. Pero, en fin, la fatiga venció á la inquietud, y el cuerpo al espíritu. Poco á poco las ideas y los objetos se hicieron menos distintos, los sentidos del conde se entorpecieron, y cerráronse sus ojos. Aun, entre la somnolencia y el sueño verdadero, hubo un intervalo semejante al del crepúsculo, que separa el dia de la noche; intérvalo raro é indescriptible, durante el cual la realidad se confunde con el sueño, de manera que no es sueño ni realidad; luego sucedió á esto un reposo profundo. Tan largo tiempo hacia que no dormia el caballero sinó bajo una tienda, sin desabillar el arnés de guerra, que cedió con voluptuosidad á las dulzuras de un buen lecho; de modo tal, que, cuando se despertó, conoció en la claridad del dia que debia estar bastante adelantada la mañana. Mas, al punto mismo, un espectáculo que no esperaba, y que le recordaba la escena de la vís-

pera, ofrecióse á la vista del conde y embargó toda su atencion. El landgrave estaba sentado en una poltrona, inmóvil y con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si aguardase que despertára su amigo; y no obstante, tan honda era su abstraccion, que no se habia apercibido de ello. Miróle un instante el conde, sin despegar los labios; después, viendo que dos lágrimas rodaban por las hundidas y pálidas megillas de su hermano de armas, no pudo contenerse mas tiempo, y, tendiendo hácia él ambos brazos.

—¡Ludwig! esclamò; ¡en nombre del cielo! ¿qué es lo que te pasa?

—¡Ay de mi!... contestó el landgrave; ¡ya no tengo muger, ni hijo!...

Y, pronunciadas estas palabras, levantóse con trabajo, y fué á caer, vacilante como un hombre ébrio, en los brazos que el conde estendía á fin de recibirlo en ellos

II.

Para inteligencia de los hechos que van á seguir, menester es que nuestros lectores consientan en remontarse con nosotros á lo pasado.

Dieciseis años hacía que estaba casado el landgrave: habia tomado por esposa á la hija del conde de Ronsdorf, muerto en 1316, en las guerras suscitadas entre Luis de Baviera, cuya causa habia él abrazado, y Federico el Hermoso de Austria; las propiedades de la hija del conde de Ronsdorf estaban situadas á la márgen derecha del Rhin, mas allá y al pié de la cadena de colinas llamada los *Siete Montes*.

La viuda del partidario de Luis de Baviera, muger de gran virtud y reputacion sin tacha, vivía por entonces con su hija única, que contaba cinco años; pero, como la viuda era de raza de príncipes, sostuvo durante su viudez el esplendor primitivo de la casa, de suerte que la servidumbre continuó siendo la mas escogida, sinó la mejor de los castillos vecinos.

Algun tiempo después de la muerte del conde, la casa de viuda de Ronsdorf aumentóse con un pajecillo, hijo, decia ella, de una de sus amigas, finada sin fortuna. Era un hermoso niño, y apenas le llevaba tres ó cuatro años á Emma: obrando asi, la condesa no desmintió su reputacion de generosa bondad.

El tierno huérfano fué acogido por ella como un hijo, y educado al lado de la niña, participando con ésta de las caricias de la viuda; de una manera tan igual, que muy árduo seria distinguir cuál de los dos era el hijo de sus entrañas ó el de su adopcion.

Así fueron creciendo, sin separarse la una del otro, y no faltó quien afirmase que la primera estaba destinada al segundo, mas, con gran admiracion de la nobleza de los bordes del Rhin, el jóven conde Ludwig de Godesberg, de edad de dieciocho años á la sazon, se desposó con la jovencita Emma de Ronsdorf, que solamente contaba diez; solo que convínose, entre el anciano margrave y la viuda, que los novios no vivirian juntos hasta que trascurriesen cinco años.

Durante este tiempo, Emma y Alberto desarrollábanse por grados: el uno se convertia en un gentil caballero, y en una bellísima doncella la otra; por lo demás, la condesa de Ronsdorf habia vigilado con cuidado los progresos de su amistad, y notado con placer que, por íntimo que fuese su afecto, no se observaba en él ninguno de los síntomas del amor.

Sin embargo, Emma llegó á los trece años, y Albert á los diecisiete; sus corazones, como el capullo de una rosa, iban á abrirse al primer soplo de la adolescencia: aquel era el momento que temia la condesa. Desgraciadamente, en tan críticas circunstancias, la viuda cayó enferma; esperóse, por espacio de algun tiempo, que la fuerza de la juventud (la madre de Emma apenas rayaba en los treinta y cuatro años) acabaria por triunfar de la obstinacion de la dolencia. Esta esperanza debia salir fallida, pues habia llegado su hora postrimera. Ella misma lo conoció: mandó llamar á su médico, y le interrogó con tanta insistencia y firmeza, que no pudo ocultarla que la ciencia de los hombres era insuficiente, y que únicamente del cielo debia esperar socorros

La condesa escuchó esta nueva con resignacion cristiana: hizo venir á Alberto y á Emma, les ordenó que se arrodillasen delante del lecho, y, con voz queda, sin mas testigo que Dios, revelóles un secreto que nadie oyó. Solamente fué dado observar con pasmo que, en el instante de la agonia, en lugar de bendecir la moribunda á los huérfanos, estos fueron quienes bendijeron á la moribunda, como si la perdodase de antemano en la tierra una falta, de la cual iba ella sin duda á recibir la absolucion en el cielo.

El mismo dia que hizo aquella confidencia, espiró santamente la condesa; y Emma, que tenia aun que aguardar un año antes de pasar de novia á esposa, fué á morar mientras tanto en el convento de Nonenwerth, fabricado en mitad del Rhin, en la isla del mismo nombre, que se alza frente á la pequeña aldea de Honnef. Por lo que respecta á Alberto, siguió residiendo en Ronsdorf; y el dolor que esperimentó por la pérdida de su bienhechora fue igual al que hubiera sentido por una madre.

Trascurrió el plazo prefijado: Emma habia cumplido quince años, y habia continuado floreciendo, en medio de las lágrimas, sin salir de su querida isla, como una de esas frescas flores de las aguas, que flotan en la superficie de los lagos, abrillantadas por el rocio.

Ludwig recordó al anciano landgrave la promesa hecha por la condesa viuda, y ratificada por su hija: conviene saber que, un año hacía, constantemente dirigia sus paseos el mancebo con direccion al Rolandwerth, linda colina que domina el curso del rio, y desde lo alto de la cual se vé, tendida allá abajo y cortando la corriente, como lo haria la proa de un bajel, la graciosa isla en medio de la que se levanta hoy todavia el monasterio, convertido en meson. Una vez allí, pasaba horas enteras con la vista clavada en el cláustro, porque á menudo una jòven, que él reconocía en el trage de novicia que debia abandonar bien pronto, venia á sentarse bajo el follage de los àrboles que sombrean el Rhin, donde tambien pasaba las horas muertas, inmóvil y sumida en una meditacion que parecia tener por causa idéntico objeto que el que atraía á Ludwig.

No era, pues, de estrañar que el mancebo fuese el primer en acordarse de que habia cesado el luto, y le hiciese presente al landgrave que, por un favorable acaso, aquella época correspondia á la fijada para la consumacion del matrimonio.

Por una especie de convencion tácita, cada cual miraba á Albert, que escasamente contaba entonces veinte años, pero que siempre se habia hecho notar por una gravedad superior á sus años, como tutor de Emma; á él, por lo tanto, fue á quien recordó el landgrave que era tiempo ya de reemplazar los vestidos de luto con trages de fiesta.

Albert se dirigió al convento, y previno á Emma que el jóven Ludwig reclamaba el cumplimiento de la promesa hecha por su madre. Emma se ruborizó, y estrechó una de las manos de Albert, respondiéndole que estaba pronta á seguirle á donde quiera que llevada fuese. El viage no era largo: solamente habia que atravesar la mitad de la anchura del Rhin, y caminar un par de leguas por la márgen de este rio; así que, el trayecto no debia retardar el momento tan anhelado por el jóven conde. En su consecuencia, tres dias después de haber cumplido los tres lustros, Emma, acompañada de una servidumbre digna de la heredera de Ronsdorf, y conducida por Albert, fué presentada á su señor y esposo el conde Ludwig de Godesberg.

Trascurrieron dos años en medio de una felicidad perfecta, y en ese espacio de tiempo la condesa dió á luz un niño, al cual pusieron por nombre Othon. Albert, que encontraba una nueva familia, habia pasado aquellos dos años ya en Ronsdorf, ya en Godesberg, y, mientras tanto, habia llegado á la edad en que un hombre de noble raza debe hacer sus primeras pruebas de valor. Teniendo esto en cuenta, se agregó en calidad de escudero á las tropas de Juan de Luxemburgo, rey de la Bohemia y uno de los mas esforzados caballeros de su siglo, y siguiólo al cerco de Cassel, á donde habia ido para prestar buena ayuda al rey Felipe de Valois, que queria restablecer al conde Luis de Crecy en sus estados, de los cuales habia sido arrojado por la plebe de Flandes. Habíase hallado, por lo tanto, en la batalla en que los insurrectos fueron derrotados y deshechos bajo los muros de Cassel, y,

como por ensayo, habia sacudido tantos y tan fuertes mandobles á los villanos rebeldes, que Juan de Luxemburgo le nombró caballero en el campo mismo de batalla.

Por lo demás, tan decisiva habia sido la victoria, que puso fin á la campaña; y, una vez pacificada Flandes, Albert regresó al castillo de Godesberg, sintiendo orgullo en mostrar á Emma su cadena y sus espuelas de oro.

Dijéronle, al llegar allá, que el conde estaba ausente á causa del servicio del emperador: los turcos habian verificado una invasion en la Hungría, y, al llamamiento de Luis V, Ludwig partió en compañia de su hermano de armas el conde Karl de Homburgo; mas no por eso fué menos bien recibido Albert en el castillo de Godesberg, donde permaneció cerca de seis meses. Al cabo de este tiempo, fatigado por la inaccion, y viendo que los soberanos de Europa estaban asaz pacíficos entre sí, marchó á combatir contra los sarracenos de España, á quienes D. Alfonso XI, rey de Castilla y de Leon, hacia la guerra. Allí operó prodigios de valor, peleando contra Muley-Mohammad; pero, habiendo sido herido gravemente á la vista de Granada, volvió por segunda vez á Godesberg, en donde encontró al marido de Emma, que acababa de entrar en posesion del título y de los dominios del anciano landgrave, el cual habia pasado de esta vida á la otra á principios del año de 1332.

El pequeñuelo Othon crecia, y era un hermoso niño de cinco años, de blonda cabellera, mejillas de rosa y ojos de cielo. El regreso de Albert fué una fiesta para la familia toda, y particularmente para el niño, que le amaba mucho. Albert y Ludwig tornaronse á ver con júbilo: ambos venian de guerrear contra los infieles, el primero en el Mediodia, y en el Norte el segundo; ambos habian salido triunfantes, y uno y otro habian traido numerosas relaciones para las larguísimas veladas de invierno. Un año se deslizó, ni mas ni menos que si fuese un dia; pero al cabo de este año, el carácter aventurero de Albert prevaleció en él de nuevo. Recorrió las córtes de Francia y de Inglaterra, siguió al rey Eduardo en su campaña contra Escocia, rompió una lanza con James Douglas, y después, revolviéndose contra la

Francia, habia ido á tomar la isla de Cadsand, con Gauthier de Mauny; hallándose en el continente, aprovechóse de tal oportunidad para hacer una visita á sus antiguos amigos, y entró por vez tercera en el castillo de Godesberg, en el cual encontró á un nuevo huésped.

Era éste uno de los parientes del landgrave, llamado Godofredo; quien, no teniendo nada que esperar de la fortuna paterna, habia ideado procurarse una por medio de las armas. Tambien él habia combatido contra los infieles, pero en la Tierra-Santa: los vínculos de parentesco, el renombre adquirido en la cruzada, y cierto lujo que anunciaba que su fé habia alcanzado mas bien el carácter de exaltacion que el de desinterés, todo esto le abrió las puertas del castillo de Godesberg, como á un distinguido huésped; y muy pronto, cuando Homburgo y Albert se alejaron, se habia hecho puede decirse indispensable su sociedad al landgrave Ludwig, que le retuvo cuando quiso marcharse. Godofredo estaba, pues, establecido en el castillo, ya no como forastero, sinó como un comensal.

La amistad tiene sus celos, de igual modo que el amor: fuese prevencion, fuese realidad, creyó notar Albert que Ludwig le recibia con mas frialdad que de costumbre; quejóse de ello á Emma, la cual le dijo que, por su parte, tambien advertia algun cambio en el afecto de su marido.

Albert permaneció quince dias en Godesberg; luego, so protesto de que Ronsdorf reclamaba su presencia, para hacer indispensables reparos, atravesó el rio y la pequeña garganta de montañas, que únicamente separaban una posesion de la otra, y abandonó el castillo.

Pasados quince dias mas, recibió nuevas de Emma. Emma no acertaba á comprender aquella variacion del carácter de su esposo; pero, y esto era lo positivo, de dulce y cariñoso que antes era habiase vuelto desconfiado y taciturno. Hasta el jóvencito Othon tuvo que sufrir brusquedades, de él no conocidas; y esto era tanto mas sensible á madre é hijo, cuanto que, hasta entonces, constituian los dos objetos de afeccion mas tierna y profunda para el landgrave. Por lo demás, á medida que esta

afeccion se minoraba, añadia Emma, Godofredo parecia hacer incomprensibles progresos en la confianza del landgrave, como si heredase el afecto que el último iba arrebatando á su muger y á su hijo, para acumularlo sobre un hombre que casi le era estraño.

En el fondo de su corazon condoliase Albert de ese ódio de sí mismo, que es causa de que el hombre feliz, como si estuviese atormentado por su felicidad, busque todos los medios de moderarla ó estinguirla, como haria con un fuego voraz, temiendo ver consumido su corazon.

A tal punto habian llegado las cosas, cuando recibió, como la nobleza toda de las cercanias, una invitacion para concurrir al castillo de Godesberg, pues el landgrave daba una fiesta para celebrar el natalicio de Othon, que acababa de cumplir dieciseis años.

Aquella fiesta, á la conclusion de la cual hemos introducido á nuestros lectores en el castillo, producia, como dejamos dicho, un singular contraste con la tristeza del que la daba; y la razon de ello era que, desde el comienzo del sarao, Godofredo habia hecho reparar á su huésped, como una cosa que le llamaba la atencion por vez primera, la semejanza de Othon con Albert.

En efecto, con escepcion de esa flor de juventud que brillaba en el rostro del adolescente, y que habian quemado en el del hombre los rayos del sol de España, iguales eran sus cabellos rubios, sus ojos azules, y hasta se notaban ciertos rasgos fisonómicos, cuyo parecido indica la misma sangre, fijando un tanto la atencion. Revelacion tal, habia sido como una puñalada para el landgrave: largo tiempo hacia, gracias á Godofredo, dudaba de la pureza de las relaciones de Emma y Albert; pero la idea de que estas culpables relaciones existian ya antes de su matrimonio, la idea mas punzante, aun, y á la cual daba aquella semejanza nueva fuerza, de que Othon, á quien tanto habia él amado, era fruto del adulterio, destrozaba el corazon del señor feudal y le tornaba casi insensato. Entonces fué cuando, segun hemos contado, arribó el conde Karl, y vimos que, impulsado por la verdad, habia aumentado el dolor de su desgra-

ciado amigo, confesando que la semejanza de Albert y Othon era incontestable; sin embargo, y esto tambien lo sabemos, habíase retirado á descansar, sin dar á la tristeza de Ludwig toda la importancia que verdaderamente adquiriera.

Es que el hombre que habia ido á hablar tan misteriosamente al landgrave, en la estancia en donde se hallaba con Karl, era el mismo Godofredo, cuya presencia habia hecho nacer en la antes dichosa familia los primeros disturbios que anublaron su felicidad. Díjole que creia estar seguro, en virtud de algunas palabras que habia oido, de que Emma habia concedido una cita á Albert, el cual debia ponerse en camino aquella misma noche para Italia, yendo á mandar un cuerpo de ejército que enviaba allá el emperador: la certeza de tal traicion era, por lo demás, fácil de adquirir, pues la cita debia tener lugar en una de las puertas del castillo, y preciso era que Emma cruzase todo el jardin para dirigirse al parage mencionado.

Una vez adelantando por la via de las sospechas, no se detiene el hombre: asi que, el landgrave, deseando á cualquier precio que fuese, adquirir una certidumbre, sofocó ese sentimiento generoso é instintivo, que hace que á toda persona de corazon le sea repugnante rebajarse hasta el papel de espia; volviò á entrar en su cámara, acompañado de Godofredo, y, entreabriendo la ventana que caia al jardin, aguardó con ansiedad esta última prueba, que debia traer en pos de sí una decision incierta todavía. No se equivocaba Godofredo; á cosa de las cuatro de la madrugada, Emma descendió la escalinata, atravesó furtivamente el jardin, y penetró en un bosquecillo que ocultaba la puerta. La desaparicion de la madre de Othon duró diez minutos, poco mas ó menos; en seguida retornó á la escalinata, en compañía de Albert, en cuyo brazo se apoyaba.

A la claridad de la luna, viólos abrazarse el landgrave, y aun creyó distinguir, en los ojos de la esposa, lágrimas que la partida de su amante hacia derramar.

Desde entonces ya no abrigò mas dudas Ludwig, y adoptó la resolucion de alejar de sí á la esposa culpable y al hijo adulterino.

Una carta puesta en manos de Godofredo ordenaba á Emma que le siguiese, y fué dado mandamiento de prision, al jefe de los guardias, para arrestar á Othon al rayar el alba, conduciéndolo luego á la abadía de Kirberg, cerca de Colonia, donde trocaría el brillante porvenir de caballero por la estrecha celda de monje.

Ambas órdenes habian sido cumplidas, y Emma y Othon habian salido del castillo una hora hacia, aquella para ir al monasterio de Nonenwerth y á la abadía de Kirberg el otro, cuando el conde Karl se despertó, y, como referido queda, encontróse junto á su buen amigo, el cual se semejaba á una encina cuyas hojas ha desparramado el viento y cuyas ramas el rayo ha desgajado.

Homburgo escuchó, con grave y afectuosa afliccion, el relato que Ludwig le hizo de todo cuanto le habia sucedido.

Por fin, sin procurar consolar ni al padre ni al esposo,

—Lo que yo haga bien hecho estará, ¿verdad? le dijo.

—Si, respondió el landgrave; pero ¿qué es lo que puedes hacer?

—Eso corre de mi cuenta, repuso el conde Karl.

Y, abrazando á su amigo, vistióse, se ciñó la espada, salió de de la habitacion, bajó á las caballerizas, ensilló por sí mismo al fiel Hans, y desandó lentamente, asaltado por encontradas ideas, el camino espiral que la víspera habia recorrido al trote y embargado por una dulce esperanza.

Llegado á lo bajo de la colina, el conde Karl tomó el camino del Rolandsek, que siguió con igual lentitud, sumido en una meditacion profunda y dejando á su caballo en completa libertad para caminar despacio ó de prisa; sin embargo, tan pronto como se vió en un hondo sendero, en el cual se alzaba una capilla donde oraba un sacerdote, miró alrededor de sí, y, juzgando probablemente que el parage era tal como él podia apetecer, hizo alto.

En aquel momento, el sacerdote, que sin duda habia dado fin á su rezo, levantóse y dispúsose á partir. Pero Karl le detuvo, le preguntó si habia mas caminos para dirigirse desde el

convento al castillo, y, en vista de la respuesta negativa del ministro del Señor, le rogó que se quedase, porque era probable que, antes de mucho, tuviese un hombre necesidad de sus auxilios. El sacerdote comprendió, en la voz serena del andante caballero, que no mentia; y, sin pedirle esplicaciones, elevó al cielo sus preces por el que iba á morir.

El conde Karl era uno de esos tipos de la caballeria de los siglos medios, que comenzaban á desaparecer en el siglo XV, pero que Froissard (1) describe con todo el cariño que profesa el anticuario á un resto de otra edad. Para él, todo dependia de Dios y de la espada, y, allá en su conciencia, creia que el hombre estaba cierto de no errar remitiendo cualquiera cosa al juicio de uno y otra.

Ahora bien: el relato del landgrave le habia inspirado, por lo que atañe á las intenciones de Godofredo, dudas que la reflexion convirtió casi en evidencia. Por otra parte, nadie, escepto aquel consejero funesto, habia dudado jamás del amor y de la fidelidad de Emma para con su esposo. Karl, habia sido amigo del conde de Ronsdorf, como lo era del landgrave de Godesberg.

El honor de entrambos constituia una parte de su propio honor, y ansiaba, por lo tanto, devolverle ese lustre empañado por un calumniador; en consecuencia de tal resolucion, habia tomado, sin dar cuenta á nadie, el partido de salir al encuentro de éste en el camino que debia seguir, y allí hacerle confesar su traicion, ó pasarlo de parte á parte; llevando á efecto, en caso necesario, su doble propósito.

Calóse la visera del casco, hizo parar á Hans en medio de la

(1) *Froissard* ó *Froissart* (Juan), nació en Valenciennes, en 1337, y se crée que falleció en Chimay, de donde era canónigo y tesorero. Espíritu vario, amaba la caza, la música, las fiestas, el lujo, la buena mesa, el vino, y hasta las mugeres. Cultivó la poesia y la historia; pero es, como historiador, mas conocido que como poeta. Dejó escrita una *Crónica*, desde 1326 á 1390 (edicion de Lyon, 1559), que abrevió Juan Sleidan, y Monstrelet continuó hasta el año de gracia 1466. Las composiciones de Froissard son asaz libres, para salir de la pluma de un canónigo; por lo demás, fué uno de los primeros que puso en boga la *balada*.—(N. del T.)

vereda, y caballo y caballero permanecieron inmóviles durante una hora, como si fuesen una estátua ecuestre.

Al cabo de este espacio de tiempo, Karl vió aparecer á un ginete, armado de punta en blanco, hácia la estremidad del hondo sendero. Observando cerrado el paso, detúvose un instante; pero, después de asegurarse que el que lo guardaba estaba solo, contentóse con afirmarse en la silla y asegurarse de que su espada salia facilmente de la vaina, y prosiguió su camino. Asi que llegó cerca del conde, notando que éste parecia decidido á no desviarse, se detuvo segunda vez.

—Señor caballero, díjole, ¿sois vos el dueño de estos lugares, é intentais estorbar la marcha á cuantos viajeros por aquí transiten?

—No á todos, señor mio, respondió Karl; mas sí á uno solo, y ese es un villano y un traidor, por lo cual tengo que pedirle cuentas de su traicion y de su villanía.

—Como lo que decis no puede entenderse con respecto á mí, continuó Godofredo, que él era el ginete recien llegado, os suplico que aparteis vuestro caballo á derecha ó á izquierda, á fin de que quede, en la mitad de la ruta, sitio para dos hombres de igual rango.

—Os engañais, señor mio, replicó el conde Karl con la misma tranquilidad; al contrario, con vos vá lo que yo digo. En cuanto á dividir la ruta con un miserable calumniador, eso jamás lo hará un noble y leal caballero.

El sacerdote se interpuso entonces entre los dos armados.

—Hermanos, díjoles, ¿acaso quereis degollaros?

—Tampoco acertais, padre, contestó el conde: este hombre no es mi hermano, y yo no quiero precisamente que muera. Que confiese haber calumniado á la condesa Ludwig de Godesberg, y libre le dejaré ir á hacer penitencia, á donde mas le plazca.

—Solo faltaba, como prueba de inocencia, dijo riéndose Godofredo, el cual tomaba al caballero encubierto por Albert; solo faltaba que tan perfectamente defendida estuviese ella por su amante.

—Repito que os engañais, repuso el caballero meneando su cabeza guarnecida de acero; yo, no soy quien creeis: yo soy el conde Karl de Homburgo. No abrigo, pues, contra vos sinó el ódio que profeso á todo traidor, y el desprecio que siento hácia todo calumniador. Confesad que habeis mentido, y marchareis libremente.

—Eso, respondió Godofredo con la propia sonrisa de antes, es un negocio que á nadie mas que á Dios y á mí atañe.

—¡Júzguelo Dios! esclamó el conde Karl apresiándose al combate.

—Así sea, murmuró Godofredo bajando con una mano su visera, y tirando de la espada con la otra.

El sacerdote tornò á elevar al cielo sus oraciones.

Godofredo era valiente, y habia dado mas de una prueba de valor en Palestina; pero entonces lidiaba por Dios, en vez de lidiar contra él. Así que, aunque el combate fué largo y reñido; aunque se portó como animoso y hábil hombre de armas, no pudo resistir á la fuerza que daba al conde Karl la conciencia de su derecho, y cayó atravesado, de una estocada, que habia roto la coraza y profundamente penetrado en el pecho. Por lo que hace al caballo de Godofredo, asustado de la caida de su amo, dió á correr por el mismo camino por donde habia venido, no tardando en desaparecer tras la cima de la hundida vereda.

—Padre, dijo tranquilamente el conde Karl al sacerdote, que temblaba de espanto; paréceme que no teneis tiempo que perder, si habeis de llenar vuestro santo ministerio. He ahí la confesion que yo os habia predicho; apresuraos á recibirla.

Y metiendo la espada en la vaina, guardó de nuevo su monumental inmovilidad.

El sacerdote se aproximó al moribundo, que se habia incorporado, apoyándose sobre una rodilla y sobre una mano, pero que no habia podido hacer mas esfuerzos: desembarazóle del casco, y fué dado ver que tenia pálido el rostro y los labios llenos de sangre.

Por un instante creyó Karl que el herido no podia hablar;

pero se equivocaba. Godofredo se sentó, y el ministro del altar, arrodillado junto á él, escuchó la confesion que le hizo en voz baja y entrecortada. A las últimas palabras, conoció el antiguo cruzado que estaba cercano su fin, é hincándose de hinojos, con ayuda del sacerdote, alzó entrambas manos al cielo y esclamó tres veces seguidas:

—¡Señor, Señor, perdóname!...

Mas, á la tercera, suspiró profundamente, y volvió á caer exánime. Estaba muerto.

—Padre, dijo el conde Karl al sacerdote, ¿no estais autorizado para revelar la confesion que acaba de seros hecha?

—Sí, contestó el sacerdote; pero á una sola persona: al landgrave de Godesberg.

—Montad, pues, en mi caballo, continuó el caballero echando pié á tierra, y vamos al castillo.

—¿Qué haceis, hermano mio? repuso el sacerdote, acostumbrado á viajar de mas humilde manera.

—Cabalgad, cabalgad, padre, insistió el caballero; no se diga que un mísero pecador como yo va à caballo, cuando el hombre de Dios camina á pié.

Y, pronunciadas estas palabras, ayudóle á subir á la silla, y cogiendo las bridas, por mas resistencia que opuso el humilde ginete, lo guió hasta el castillo de Godesberg. Luego, llegados allí, entregó à Hans á los criados (contra la costumbre que tenia), y condujo al sacerdote ante el landgrave, que estaba en la misma estancia donde le habia dejado, en el propio sitio y sentado en el propio sitial, apesar de que habian trascurrido siete horas desde la salida del conde Karl del castillo. Al rumor producido por los que llegaban, irguió el landgrave su frente abatida, y mirólos con aire de sorpresa.

—Oye, hermano, le dijo Karl; he aquí á un digno servidor de Dios nuestro Señor, que viene á revelarte una confesion *in extremis*.

—¿Pues quién ha muerto?... preguntó el esposo de Emma, perdiendo mas y mas el color.

—Godofredo, respondió el caballero.

—¿Y quién le mató?..

—¡Yo!

Y Karl se retiró tranquilamente, cerrando la puerta tras sí, y dejando solos al landgrave y al sacerdote.

Ahora, ved aquí lo que contó el sacerdote al landgrave:

«Godofredo habia conocido en Palestina á un caballero aleman, de las cercanías de Colonia, llamado Ernesto de Huningen; era éste hombre grave y severo, que habia entrado, quince años hacía, en la órden de Malta, y el cual gozaba gran renombre por su religiosidad, lealtad y bravura.

«Godofredo y Ernesto combatian el uno al lado del otro, en San Juan de Acre, cuando Ernesto fué herido mortalmente. Viólo caer Godofredo, hizo que lo retirasen del campo de batalla, y tornó de nuevo á la pelea.

«Acabada ésta, Godofredo se dirigió á su tienda, á fin de mudar de vestidos; pero, apenas habia llegado á ella, cuando vinieron á advertirle que Mr. Ernesto de Huningen iba de mal en peor, y deseaba verle antes de morir.

«Cumpliendo el deseo del herido, fué allá y encontrólo únicamente animado por una fiebre abrasadora, que debia consumir en poco tiempo el resto de vida del moribundo. Así, como conocia muy bien el peligro en que se hallaba, esplicó á Godofredo, en unas cuantas palabras, el postrer servicio que de él esperaba alcanzar.

«A la edad de veinte años, Ernesto habia amado á una noble doncella, y habia sido de ella correspondido; pero, segundon de su casa, sin título ni fortuna, no logró obtener la mano de su amada. En el colmo del amor y de la desesperacion, entrambos olvidaron que jamás llegarian á ser esposos, y un hijo nació, el cual no podia lícitamente llevar el apellido de ninguno de los dos.

«Tiempo andando, la jóven fué obligada, por sus padres, á desposarse con un apuesto y rico señor. Ernesto partió, detúvose en Malta para pronunciar solemnes votos, y, á contar desde entonces, lidiaba en Palestina. Dios habia recompensado su valor: despues de haber vivido santamente, moria como un mártir.

«Ernesto presentó un papel á Godofredo: era la donacion de cuanto poseia, hecha á favor de su hijo Albert: unos sesenta mil florines. Por lo que respecta á la madre, como habia muerto seis años hacía, creyó el herido que le era dado revelar el nombre de ella, á fin de que su amigo pudiese mas fácilmente dar cima á sus pesquisas. Era la condesa de Ronsdorf.

«Godofredo vino á Alemania, con intencion de cumplir la última voluntad de Ernesto de Huningen. Pero, al arribar á casa de su pariente el landgrave, averiguando cuanto pasaba, conoció el cruzado, á la primer ojeada, todo el partido que podia sacar de su secreto. El landgrave no tenia mas que un hijo, y, una vez alejados Uthon y Emma, encontrábase Godofredo heredero universal del conde.»

Ya hemos visto como habia puesto en vias de ejecucion este proyecto, hasta que topó, en el camino profundizado del Rolandsek, con el conde Karl de Homburgo.

—¡Karl! ¡Karl! esclamó el landgrave, precipitándose como un insensato en el corredor, donde le aguardaba su amigo; no era su amante..... era su hermano!

Y, sin perder un minuto, dió órden de que trajeran á Godesberg á Emma y Othon. Los dos mensageros partieron, el uno siguiendo rio arriba el curso del Rhin, y descendiéndole el otro.

Durante la noche, regresó el primero: Emma, desgraciada tiempo hacía, ofendida la víspera, ansiaba concluir su vida en el monasterio donde se habia deslizado uno de sus años mas floridos, y respondia que, en caso necesario, invocaría la inviolabilidad de la casa de Dios.

Al amanecer, volvió el segundo mensagero, acompañado de los hombres de armas que debian conducir á Othon á la abadía de Kirberg; pero Othon no volvia con ellos. Cuando bajaban el Rhin por la noche, el mancebo, que sabia con que intenciones se le llevaba, eligió el momento en que todos sus guardianes ocupabánse en guiar la barca en medio de una rápida corriente, y, arrojándose á lo mas hondo del rio, desapareció.

III.

Sin embargo, el infortunio del landgrave aun no era tan grande como él presumia. Othon se habia lanzado al rio, no para buscar la muerte, sinó la libertad. Criado á sus orillas, el Rhin era un amigo con el cual varias veces habia medido las fuerzas, allá, en los dias de su niñez, y así no le temia. Sumergióse, como queda dicho, nadó entre aguas mientras tanto su respiracion se lo permitió, y, cuando el adolescente reapareció en la superficie del rio, para tomar aliento, la barca estaba tan lejos y tan oscura era la noche, que los guardianes que le acompañaban pudieron creer que la corriente lo habia tragado.

Apresuróse Othon á ganar la ribera. La noche era fria, los vestidos del mancebo chorreaban agua, y tenia necesidad de lumbre y cama. Se encaminó, pues, á la primera casa cuyas ventanas vió resplandecer en la sombra, se presentó como un viandante estraviado, y, como era imposible reconocer si estaba mojado por la agua de la lluvia ó por la del rio, no escitó sos-

pecha alguna, y otorgàronle hospitalidad con toda la franqueza y discrecion alemanas.

Al dia siguiente, muy de mañana, se puso en marcha para Colonia. Era el santo dia del domingo, y, como entrase en la ciudad á hora de la misa, viò que las gentes se dirigian á la iglesia. Siguió á la multitud, porque tambien él tenia que rogar á Dios.... primeramente por su padre, á causa del error y del aislamiento en que le habia dejado...y por su madre, encerrada en un convento... y en fin, por si mismo, libre pero sin apoyo y perdido en ese mundo inmenso, que por todo horizonte no le habia mostrado hasta entonces sinó el del castillo natal. No obstante, ocultóse detras de una columna, para elevar al cielo sus oraciones; tan cerca de Godesberg, podia ser reconocido por algunos de los señores que habian acudido á la fiesta de la ciudad, y por el arzobispo de Colonia, Monseñor Walerand de Juliers, que era uno de los mas antigos y mas fieles amigos de su padre.

Cuando Othon hubo acabado su rezo, miró alrededor de sí, y reparó con admiracion que entre los espectadores hallábase un número tan grande de arqueros de diversas partes, que su primer pensamiento fué que la misa se celebraba en honor de San Sebastian, protector de la corporacion. Informóse, deseando saber á que atenerse, del que estaba mas inmediato á él, y averiguó que iban á la fiesta del arco, que todos los años daba, en igual época, el principe Adolfo de Cleves, uno de los señores mas poderosos y renombrados entre los castellanos de aquella parte de Alemania, desde Strasburgo á Nimega.

Othon salió al punto del templo, y suplicó que le indicasen la mas surtida sastreria de la ciudad; cambió sus vestidos de terciopelo y de seda por unas calzas y un jubon de paño verde, atacado con cordones y ceñido con un cinturon de cuero; compró un arco de la mejor madera de arce que pudo hallar; eligió un carcaj provisto de una docena de flechas, y tras esto, habiendo preguntado en qué hostería se reunian mas particularmente los arqueros, y habiendo sabido que era en la *Garza de Oro*, dirigióse á dicha posada, que estaba situada camino de

Verdingen, estramuros de la puerta del Aguila.

Allí encontróse con una treintena de arqueros, que se regalaban á pedir de boca. Tomó asiento en medio de ellos, y, aunque de todos era desconocido, le recibieron todos bien, merced á su juventud y á su buena cara. Por otra parte, el adolescente habia preparado tan cordial recibimiento, diciendo al entrar que se encaminaba á Cleves, para la fiesta del arco, y que desearia ir en compañía de tan bizarros y alegres camaradas. Esta proposicion fué acogida á unanimidad.

Como los arqueros tenian todavia tres dias por suyos, y el domingo es un santo dia consagrado al reposo, no se pusieron en marcha hasta el otro dia temprano, siguiendo las márgenes del rio y departiendo gozosamente acerca de hechos de caza y guerra. Al própio tiempo que caminaban, advirtieron los arqueros á Othon que no llevaba plumas en su gorra, contra la uniforme costumbre, pues cada cual usaba una pluma, despojo y trofeo á la par de alguna ave víctima de su destreza, y chanceáronse á la vista del arco y de las flechas nuevas. Othon confesó, sonriéndose, que ni flechas ni arco aun habian servido; pero que, á la primera ocasion, procuraria hacerse con el adorno que faltaba á su gorra, gracias á uno y otras. En consecuencia, preparó su arco, y todos aguardaron con curiosidad una ocasion de juzgar la puntería de su novel compañero.

Ocasiones abundaban: un cuervo estaba graznando, posado sobre la última rama seca de una encina, y los arqueros mostraron aquel blanco á Othon; pero el jóven respondió que el cuervo es un animal inmundo, y sus plumas indignas de ornar la toca de un arquero franco. Lo que decía era verdad, y los alegres viageros contentáronse con esta respuesta.

Un poco mas lejos divisaron un gavilan, inmóvil en lá punta de una roca, y la misma proposicion fué hecha al mancebo; quien, aquella vez, contestò que el gavilan era un ave de raza, de la cual solamente los hombres de raza tenian derecho de disponer, y él, hijo de un labriego, no se permitiria matarla en las tierras de un señor tan poderoso como era el conde de Worringen, cuyas propiedades cruzaban á la sazon. Aunque

hubiese algo de cierto en el fondo de esta otra respuesta, y quizás ninguno de los arqueros presentes osaría llevar á cabo la accion que aconsejaban á Othon, todos acogieron sus palabras con sonrisa mas ó menos burlona, pues comenzaban á figurarse que el adolescente, poco confiado en su destreza, ansiaba retardar el instante de dar una prueba tan decisiva como la que se le pidiera.

Othon se había apercibido de la sonrisa de los arqueros; pero no pareció fijar la atencion en ella, y continuó su camino, riendo y charlando, cuando de repente, á cosa de cincuenta pasos de los bulliciosos viajeros, elevóse de las orillas del rio una garza real. Entonces Othon se volvió hácia el arquero que estaba mas próximo á él, y al cual habian designado los otros como uno de los mas hábiles tiradores.

—Hermano, le dijo, grandísimas ganas tengo de ostentar en mi birrete una pluma de ese pájaro; vos, que sois el mas diestro de entre nosotros, bien podriais hacerme la merced de echarlo á tierra.

—¿Al vuelo?..... observó el arquero admirado.

—Sin duda, al vuelo, afirmó Othon; ved como hiende los aires torpemente; apenas se ha alejado diez pasos desde que abrió las alas, y no está sinó á medio tiro de distancia.

—¡Dispara, Roberto, dispara! gritaron á coro los arqueros.

Roberto hizo un signo con la cabeza, como denotando que iba á cumplir la invitacion general, mas bien por obedecer las órdenes de la honorable compañía que con esperanza de feliz éxito. No por eso dejó de apuntar con toda la fijeza de que era capaz, y la flecha, lanzada por un brazo robusto y un ojo ejercitado, partió seguida de todas las miradas; pasando tan cerca del pájaro, que éste dejó oir un chillido de espanto, al cual contestaron las aclamaciones de los arqueros todos.

—¡Bien tirada! dijo Othon. Ahora tócaos á vos, Hermann, añadió volviéndose hácia el arquero que se encontraba á su izquierda.

Sea que aquel á quien el mancebo se dirigía esperase esta invitacion, sea que le incitase el ejemplo de su compañero, lo cierto es que estaba preparado en el momento que Othon

le dirigió la palabra; y, apenas habia él acabado de hablar, cuando esta otra flecha, tan certera y ligera como la anterior, persiguió al fugitivo, que arrojó un nuevo chillido al sentir el silbido que produjo, al pasar ùnicamente á algunas pulgadas de distancia, este segundo mensagero de muerte.

Los arqueros aplaudieron otra vez.

—Ahora, llegó mi tierno dijo Othon.

Todas las miradas fijáronse en el jòven, pues la garza, sin estar aun fuera de alcance, comenzaba à poner por medio un espacio considerable, y, teniendo todo el aire que necesitan sus anchas alas, volaba con una rapidez que debia librarla bien presto de peligro.

Othon habia calculado indudablemente todo esto, porque tan solo, después de haber medido bien la distancia con la vista, alzò con lenta atencion su flecha á la altura del animal; luego, cuando estuvo muy seguro, retiró la cuerda hasta casi detrás de la cabeza, á la manera de los arqueros ingleses, haciendo doblar el arco como si fuera una varita de sauce. Durante un momento permaneció inmóvil, como una estátua, y en seguida oyóse un leve silbido, pues la flecha habia partido tan velozmente que nadie pudo verla. Los ojos de todos se fijaron en el pájaro, que se paró, como si un rayo invisible le hubiese herido, y el cual por fin cayó, atravesado de parte á parte, de una altura tal que parecia imposible que la flecha hubier apodido alcanzarle.

Los arqueros estaban estupefactos: semejante prueba de habilidad, apenas era creible para ellos mismos; en cuanto á Othon, que se habia detenido para juzgar del efecto del disparo, no bien viò caer al animal cuando tornó á emprender su caminata, sin dar muestras de notar el asombro de sus compañeros.

Llegado junto á la garza real, arrancó del cuello del ave esas plumas finas y elegantes, que forman un penacho natural, y sugetólas á su birrete. Por lo que respecta á los arqueros, contaron la distancia: el pájaro habia caido á la de trescientos veinte pasos.

Aquella vez. la admiracion no se tradujo por bravos y palmadas: mirábanse unos á otros los arqueros, pasmados de tal prueba de destreza; además, habian contado los pasos, segun sabemos, y, cuando Othon estaba concluyendo de adornar su gorra con las plumas tan milagrosamente adquiridas, Roberto y Hermann, los dos arqueros que habian tirado antes que él, le alargaron la diestra; pero con una deferencia, que denotaba que, no solamente le reconocian por camarada, sinó tambien por maestro.

Nuestros viajeros, que no se detuvieron en Worringen mas que para almorzar, llegaron á Neufs hácia las cuatro de la tarde. Comieron á toda prisa, porque, á tres leguas de Neufs, hallábase la *iglesia de Roca*, por cuyas inmediaciones ningun devoto arquero debia pasar sin ir allá en romeria.

Othon, que habia adoptado la vida y las usanzas de sus nuevos compañeros, siguiólos á dicha escursion, y, al oscurecer, avistaron la *Roca Santa*: era una inmensa piedra, que tenia el aspecto de una capilla.

Y efectivamente, en otro tiempo, aquella piedra fué el primer templo cristiano, levantado á orillas del Rhin por un gefe de la Germania, muerto en olor de santidad, y el cual dejó siete hijas, bellas y virtuosas, para orar delante de su tumba.

Entonces era la época de las grandes inmigraciones de los bárbaros.

Pueblos desconocidos, empujados por una mano invisible, descendian de las mesetas del Asia, viniendo á cambiar la faz del mundo europeo.

Una cierva habia guiado á Attila á través de los Palus Meótidos, y bajaba con direccion á Alemania, precedido del terror que inspiraba su nombre.

El Rhin, como espantado del estruendo de las pisadas de aquellas salvages naciones, vacilaba entre proseguir ó no su curso hácia los arenales que lo tragan, agitándose en toda su longitud como una serpiente gigantesca.

Bien pronto los hunnos aparecieron cabe la márgen derecha, y, el mismo dia, vióse que el incendio proyectaba siniestros

resplandores sobre el horizonte; es decir, desde Colonia Agrippina (1) hasta Aliso (2).

El peligro era inminente; no habia que esperar misericordia de semejantes invasores, y así, al siguiente dia, á punto que vieron botar al agua las balsas que el enemigo durante la noche habia construido, aprovechando los árboles de un bosque que habia talado, las jóvenes se retiraron á la iglesia y se arrodillaron en torno de la tumba de su padre, suplicándole, por el santo cariño que las habia profesado en vida, que las protegiese aun después de muerto.

El dia y la noche trascurrieron en medio de ruegos, y casi se creian en salvo, cuando, al despuntar la aurora, conocieron que los bárbaros se aproximaban.

Estos comenzaron á golpear, con los pomos de sus espadas, en la puerta de encina que cerraba la iglesia; pero, viendo que oponia resistencia, unos tornaron á la villa, en busca de escalas para asaltar las ventanas, y otros fueron á cortar un abeto, al cual despojaron de sus ramas, convirtiéndolo en un ariete para echar abajo la puerta. Luego, cuando se hubieron procurado los instrumentos necesarios para sus sacrílegos proyectos, encamináronse al templo, que servia de asilo á las siete hermanas; mas, tan pronto como se detuvieron frente á él, notaron que ya no tenia puertas ni ventanas.

Y sin embargo, allí estaba todavía el templo; solo que estaba trasformado en una roca, pues todo se habia vuelto de piedra; empero, del centro de aquella masa de granito, oíase salir un canto apenas perceptible, triste y dulce á la par, como el canto de difuntos.

Era el cántico de accion de gracias de las siete vírgenes, que loaban al Señor.

Los arqueros hicieron sus rezos en la *iglesia de Roca*, y pernoctaron en Strump.

Al otro dia, emprendieron nuevamente su viage, y mañana y

(1) Nombre antiguo de Colonia.
(2) Wesel.

tarde pasaron sin mas incidentes que refuerzos sucesivos. Los arqueros acudian de todas partes de Alemania á la fiesta anual, cuyo premio era, el año de que hablamos, un birrete de terciopelo verde, rodeado de dos ramas de fresno, hechas de oro y sugetas con una presilla de diamantes. Este premio debia ser dado por la misma hija única del margrave, la jòven princesa Elena, que acababa de cumplir catorce años. Nada tenia, pues, de estraño que el número de diestros arqueros fuese tan considerable.

La pequeña tropa, que ascendia á la sazon á unos cuarenta ó cincuenta hombres, deseaba llegar á Cleves al dia siguiente, temprano, pues el tiro debia principiar terminada la última misa; esto es, á las once en punto. En su consecuencia, los arqueros resolvieron dormir en Kervenheim.

La jornada era larga, y, por lo tanto, apenas se detuvieron para almorzar y para comer. No obstante, por mas prisa que aguijase á los viandantes, avistaron la ciudad cuando ya estaban cerradas sus puertas. Tratábase de pasar la noche fuera, y lo menos mal posible. Un castillo arruinado se alzaba en la cima de un monte vecino: era el castillo de Windeck.

Todos fueron de opinion de aprovecharse de aquella favorable circunstancia, escepto el mas viejo de los arqueros, que se opuso tenazmente á ello; pero, como nadie apoyaba su parecer, su voz no tuvo influencia alguna, y fuerza le fué seguir á sus jóvenes camaradas, so pena de quedarse solo: siguiólos.

La noche era sombría; ni una estrella brillaba en el cielo, y densos nubarrones, preñados de lluvia, deslizábanse sobre las cabezas de nuestros viageros, como las oleadas de un océano aéreo. Tal abrigo, por malo que fuese, era, pues, un favor de la Providencia.

Los arqueros trepaban en silencio por la pendiente del monte; y, sin embargo, al rumor de sus pasos huian á lo largo del sendero, cubierto de zarzas, multitud de animales salvages, cuya multiplicada presencia indicaba que las ruinas solitarias estaban guardadas contra los hombres por algun supersticioso temor.

De repente, los que iban á la cabeza vieron levantarse ante ellos, como un fantasma, la primera torre, titánica centinela, encargada en otro tiempo de defender la entrada de la fortaleza.

El arquero veterano propuso detenerse en aquella torre, contentándose con su abrigo. Asi que, hicieron alto; uno de los arqueros sacó avíos de encender, dió fuego á una rama de abeto, y todos franquearon la puerta.

Entonces apercibiéronse de que se habian hundido los techos, que solamente las murallas permanecian en pié, y, como daba indicios la noche de ser chubascosa, todos á una voz determinaron continuar andando, hasta el cuerpo principal del castillo; sin embargo, dejaron nuevamente al viejo arquero en libertad de que se quedase ò siguiese á los demás, cuya primera proposicion rehusó otra vez, prefiriendo acompañar á sus compañeros donde quiera que estos fueren, en lugar de quedar solo allí, en tal parage y en noche tal.

Los espedicionarios volvieron á emprender la interrumpida marcha: únicamente, aprovechándose de aquella parada de algunos minutos, cada cual habia tronchado una rama de abeto, y habia hecho de ella una tea resinosa; de modo que el monte, de oscuro que antes era, aparecia á la sazon resplandeciente y comenzábase á divisar, á la estremidad del círculo de luz, la masa triste, vaga y sombria del castillo, que, á medida que avanzaban, se dibujaba con mayor limpieza de contornos, mostrando sus macizas columnas y sus bóvedas de forma elíptica, cuyas primeras piedras quizás habian sido puestas por Carlomagno en persona, cuando él levantaba y estendia, desde las montañas pirenáicas á las lagunas bátavas, esa línea de fortalezas destinadas á servir de dique contra la invasion de los hombres del Norte.

A la aproximacion de los arqueros, á la vista de las antorchas, los habitadores del castillo huyeron despavoridos; eran estos buhos y osífragas de vuelo nocturno, los cuales, después de haber girado un instante por cima de las cabezas de los que turbaban la soledad de su morada, alejáronse chillando.

Viendo y oyendo tal, los mas decididos no pudieron reprimir un movimiento de terror, pues sabian que ciertos peligros hay contra los cuales no pueden nada ni el ánimo ni el número. No por eso dejaron de penetrar en el primer patio, y encontráronse en el centro de un vasto cuadro formado, por edificios algunos de los cuales se desmoronaban de dia en dia; mientras que otros, al contrario, estaban en un estado de conservacion tanto mas notable, cuando que hacian contraste con los escombros que cubrian el suelo en frente de ellos.

Los arqueros entraron en la ala del castillo que les pareció mas habitable, y no tardaron en llegar á un salon, que daba indicios de haber servido en otro tiempo de sala de guardias. Pedazos de contraventanas cerraban las ojivas, ó mas bien minoraban el ímpetu del viento. Unos cuantos bancos de encina, arrimados á las paredes, alrededor de la estancia, aun podian prestar el servicio á que habian sido destinados. En fin, una inmensa chimenea, ofreciales un medio de darles luz y calor mientras dormian.

Esto era todo lo que necesitaban hombres avezados á las fatigas de la caza y de la guerra, y habituados, además, á pasar las noches sin mas almohada que las raices, ni mas manta que las hojas de un árbol.

Lo peor es que tenian que pasar sin cena.

La caminata habia sido larga, y desde mediodia, pasáran muchas horas; pero tambien éste era uno de los inconvenientes á que, cazadores como ellos eran, estaban acostumbrados.

Por lo tanto, aseguraron la hebilla de los cinturones, encendieron un gran fuego en la chimenea, calentáronse á placer, no pudiendo hacer otra cosa mejor, y luego, cuando el sueño comenzó á apoderarse de los viageros, cada cual se acomodó lo mas cómodamente que pudo para pasar la noche; por dictámen del viejo arquero tomaron la precaucion de que velasen sucesivamente cuatro personas, que la suerte designaria, á fin de que fuese tranquilo el sueño de los restantes arqueros. La suerte designó á Othon, á Hermman, á Roberto y al arquero

veterano que habia sido de aquel parecer.

Fijáronse dos horas de vigilancia para cada cual: en aquel momento, daban las nueve y media en la iglesia de Kerventseim.

Othon dió principio á su vela, y, al cabo de un instante, él solo hallóse despierto en medio de sus nuevos camaradas.

Era aquel el primer momento de tranquilidad que disfrutaba para hablar consigo mismo.

Tres dias antes, á igual hora, era dichoso, y noblemente hacía los honores del castillo de Godesberg á la flor y nata de la caballería de los contornos; al presente, sin que ninguna parte tuviese el mancebo en la mudanza sobrevenida, cuya causa puede decirse que ignoraba, encontrabase desheredado del amor paternal, desterrado sin adivinar el término de su destierro, mezclado á una porcion de hombres, arrojados y leales sin duda alguna, pero sin familia y sin porvenir, y velando por el reposo de ellos... ¡él, hijo de príncipe, habituado á dormir en tanto que otros guardaban su sueño!

Estas reflexiones hiciéronle parecer breve su centinela.

Las diez, las diez y media y las once sonaron sucesivamente, sin que el mancebo se apercibiese del trascurso de las horas, y sin que nada hubiese turbado sus reflexiones.

Empero, la fatiga física comenzaba á luchar con la preocupacion moral, y, cuando oyó las once y media, tiempo era ya de que le relevasen, pues sus ojos se cerraban á pesar suyo.

En consecuencia, despertó á Hermann, que debia sucederle, anunciándole que su vez habia llegado.

Hermann abrió los ojos de malísimo humor: soñaba que hacía asar un macho cabrío, cazado por él, y, á punto que á lo menos en sueños hacia una buena cena, reparaba que estaba en ayunas, con el estómago vacío, y sin esperanza alguna de llenarlo.

Fiel á la consigna dada, apresuróse á ocupar el puesto de Othon, á quien, en cambio, cedió el suyo.

Othon se acostó: sus ojos, medio abiertos, aun distinguieron durante unos cuantos segundos, pero de una manera vaga, los

objetos que le rodeaban, y, entre aquellos objetos, vió á Hermann de pié y respaldado en una de las sólidas columnas de la chimenea; muy pronto todo se confundió en una especie de vapor grís, en medio del cual cada cosa perdió su forma y color, y finalmente acabó de cerrarlos ojos y se durmió.

Hermann estaba, segun indicado dejamos, derecho y apoyado de espaldas contra la chimenea, escuchando los silbos del viento que se colaba en las altas torrecillas, y clavando sus miradas, al moribundo resplandor del fuego, en los ángulos mas tenebrosos del aposento.

Los ojos del arquero estaban fijos sobre una puerta cerrada, que parecia comunicar con las cámaras interiores del castillo, cuando sonó la media noche.

Por animoso que fuese Hermann, contó con cierto estremecimiento interior, y sin desviar la vista de dicho punto, once campanadas, y, á tiempo que vibraba la duodécima, abrióse la puerta, y una hermosa jóven, pálida y silenciosa, apareció en el umbral, iluminándola una luz oculta detrás de ella.

Quiso llamar Hermann; pero, como si hubiese adivinado su intento la jóven, llevóse un dedo á los labios, en ademan de pedirle que callase, y con la otra mano le hizo seña de que la siguiese.

IV.

Hermann titubeó un momento; pero, pensando instantáneamente que era vergonzoso para un hombre temblar á presencia de una muger, anduvo algunos pasos en direccion de la misteriosa desconocida, la cual, viéndole adelantar hacia ella, tornó á entrar en la cámara, cogió una lámpara de mano, colocada sobre una mesa, abrió otra puerta, y, desde el dintel de ésta, volvióse para hacer nueva seña al arquero, que estaba de pié á la entrada de dicha cámara. La seña iba acompañada de una sonrisa tan graciosa, que los últimos temores de Hermann desaparecieron.

Así, pues, siguió á la jóven, quien, oyendo sus pasos precipitados, volvióse una vez mas, para indicarle que pusiese por medio de los dos cierta distancia.

Hermann obedeció.

Avanzaron de esta suerte, en silencio, á través de porcion de aposentos, desiertos y oscuros, hasta que por fin la misteriosa

guia empujó la puerta de una cámara deslumbradoramente iluminada, en la cual se veia una mesa con un par de cubiertos.

Primeramente penetró la jóven en la estancia, dejò la lámpara encima de la chimenea, y fué á sentarse, sin pronunciar palabra, en uno de los taburetes que estaban destinados á los convidados. Luego, notando que Hermann, tímido y dudoso, no habia pasado del umbral,

—Bien venido seais, díjole ella, al castillo de Windeck.

—Pero ¿debo aceptar el honor que me haceis? repuso Hermann.

—¿No sentís hambre y sed, señor arquero? le preguntó la jóven; tomad asiento á la mesa, y comed y bebed: yo os invito.

—¿Sois vos, por ventura, la castellana? dijo Hermann sentándose.

—Sí, respondió con un movimiento de cabeza la desconocida.

—¿Y morais sola en estas ruinas? continuó diciendo el arquero, al propio tiempo que lanzaba con admiracion una mirada en torno suyo.

—Sola.

—¿Y vuestros padres?...

Mostróle la jóven con el dedo dos retratos suspendidos de la pared, uno de hombre, de muger el otro, y contestó en voz baja:

—Yo soy la última de la familia.

Hermann la miró, sin saber todavía qué pensar del ser estraño que delante de sí tenia.

En aquel momento, sus ojos se encontraron con los de la jóven, que estaban hùmedos por la ternura.

Hermann no se acordaba ya ni del hambre ni de la sed que le aquejaba; contemplaba frente á él, pobre arquero, una dama noble, que daba al olvido nacimiento y orgullo, brindándole su mesa: era mozo, gallardo, no carecia de confianza en sí propio, y por tanto creyó que esa hora que suena, segun dicen, una vez en la vida para todo hombre que busca fortuna, era llegada en aquel entonces.

—Comed, comed, instóle la dama, sirviendo al arquero un trozo de cabeza de jabalí; bebed, bebed, prosiguió, escanciándole vino rojo como la sangre, del cual llenó un vaso.

—¿Cómo os llamais, mi bella huéspeda? preguntóle Hermann, cobrando confianza y alzando el vaso.

—Berta.

—¡Pues bien, á vuestra salud, Berta hermosa! continuó el arquero.

Y desocupò el vaso de un solo trago.

Nada respondiò Berta; pero sonrióse tristemente.

El efecto del licor fué prodigioso: á su turno centellaron los ojos de Hermann, y, aprovechándose de la invitacion de la castellana, atacó la cena con un encarnizamiento que denotaba que no habia sido ofrecida á un ingrato; lo cual podia disculpar el olvido que habia cometido el mancebo, no haciendo la señal de la cruz, como acostumbraba siempre que se sentaba á la mesa.

Berta le contemplaba, pero sin probar bocado.

—Y vos, la dijo, ¿no comeis?

Berta meneó negativamente la cabeza, y segunda vez le sirvió vino.

Ya en aquella época era costumbre que las damas mirasen, como cosa indigna de ellas, el beber y el comer; y Hermann habia tenido proporcion de observar á menudo, en los banquetes á que habia asistido en clase de sirviente, que las castellanas permanecian así, mientras tanto que los caballeros masticaban alrededor de ellas, á fin de hacer creer que, semejantes á las mariposas y á las flores, cuya ligereza y galanura tenian, sustentábanse solamente de perfumes y rocío.

Juzgó, pues, Hermann que otro tanto le sucedia á Berta, y continuó comiendo y bebiendo, como si ella le imitase.

Por otra parte, su graciosa huéspeda no estaba inactiva, y, viendo que el vaso no tenia una gota de vino, llenólo por vez tercera.

El arquero no esperimentaba ya temor ni embarazo; el vino era delicioso y muy real, pues en el corazon del jóven operaba su efecto acostumbrado. El convidado nocturno sentíase lleno

de confianza en sí mismo, y, recapitulando todas las buenas prendas que á la sazon en él reconocia, no se admiraba de la buena fortuna que le salia al encuentro: lo único que le pasmaba, era que tanto hubiese tardado.

En estas escelentes disposiciones se hallaba, cuando sus ojos se fijaron en un laud posado sobre un taburete, como si durante el dia se hubiesen servido de él; pensó, al punto, que una dulce tocata no dañaria á la sabrosa comida que acababa de hacer.

Por lo tanto, invitó cortesmente á Berta á tañer su laud, cantándole alguna estrofa.

Berta estendió el brazo, asió el instrumento músico, y arrancóle un vibrante preludio, que hizo estremecer hasta la última fibra del corazon de Hermann; luego, con voz argentina, á la par que profunda, la doncella dió comienzo á una balada, cuya letra tenia tanta analogía con lo que aconteciendo estaba al compañero de Othon, que cualquiera creeria que la misteriosa cantante improvisaba.

El asunto de la balada era el amor inspirado á una castellana por un arquero.

No habia pasado desapercibida esta alusion para Hermann, y, si todavía abrigase dudas, hubiéraselas quitado la cancion: así que, á la última estancia, se levantó, y dando vuelta al rededor de la mesa, fué á situarse detrás de Berta; tan cerca de ella, que, cuando la mano de la jóven deslizóse de las cuerdas del instrumento, cayó entre las manos de Hermann.

Hermann se inmutó, pues aquella mano estaba helada; pero al momento se repuso.

—¡Ay de mi! la dijo, señora yo no soy mas que un pobre arquero, sin nobleza ni bienes de fortuna; y sin embargo tengo, para amar, el corazon de un rey.

—No anhelo sinó un corazon, respondió Berta.

—¿Sois, pues, libre? aventuróse á preguntar el mancebo.

—Sí.

—¡Yo os amo! dijo Hermann.

—¡Yo te amo! repitió Berta.

—¿Y consentireis vos en desposaros conmigo? observó Hermann.

Púsose en pié la doncella sin contestar, se llegó á un mueble, y, abriendo un cajon, tomó dos anillos, que presentó al jóven; en seguida, yendo otra vez hácia el cajon, sacó de él, sin despegar los labios, una corona de flores de azahar y un velo de novia.

Prendió el velo sobre su cabeza, sugetólo con la corona, y, volviéndose,

—Pronta estoy, dijo.

Hermann no pudo menos de temblar, á pesar suyo; no obstante, habia avanzado mucho para dejar de ir hasta el fin de aquella aventura. Además, él, simple arquero, que no poseia un terron de tierra, y para quien la sola plata labrada y blasonada que cubria la mesa era una gran riqueza, ¿arriesgaba algo?

Alargó, pues, la diestra á su prometida, á la que hizo, con la cabeza, señal de que tambien estaba pronto á seguirla.

Berta cogió con su mano de hielo la mano abrasadora de Herman, y, abriendo una puerta, entraron en un tenebroso corredor, solamente alumbrado por la blanquizca claridad que la luna, que acababa de salir de entre las nubes, proyectaba á través de las angostas ventanas abiertas de trecho en trecho. Después, á la conclusion del corredor, habia una escalera, que ambos bajaron en medio de completa oscuridad: entonces Herman, sobrecogido de un involuntario terror, se detuvo y quiso desandar lo andado. Empero, parecióle que la mano de Berta estrechaba la de él con fuerza sobrenatural; de modo que, mitad vergüenza y mitad fascinacion, continuó siguiéndola.

Sin embargo, siempre descendian; al cabo de un instante, juzgó Hermann, por la húmeda impresion que esperimentaba, que se encontraban en un subterráneo. Muy presto no dudó ya: habian cesado de bajar, y pisaban un terreno llano, que fácilmente se conocia era el suelo de una bóveda.

A los diez pasos paróse Berta, y, dirigiendo la voz hácia la derecha,

—¡Venid, padre mio! clamó.

Y continuó andando.

Otros diez pasos mas allá, nuevamente detúvose, y se volvió hácia la izquierda:

—¡Venid, madre mia! tornó á clamar.

Prosiguió como antes su camino, hasta que, á otros diez pasos de distancia, pronunció á imitacion de las dos anteriores veces:

—¡Hermanas, venid!

Y, aunque nada le era dado distinguir á Hermann, figurósele oir tras sí rumor de pisadas y roce de vestidos.

En aquel instante, su cabeza tocó la bóveda; pero Berta empujó una piedra con las yemas de los dedos, y la piedra se alzó como una trampa.

Daba entrada a una iglesia espléndidamente iluminada: salian de una tumba, y hallábanse delante de un altar.

Al propio tiempo levantáronse dos lápidas del presbiterio, y Hermann vió aparecer al padre y á la madre de Berta, ataviados con igual trage que representaban los dos cuadros de la cámara donde el arquero habia cenado; y en pos de ellos, por la nave, vió adelantar de la misma manera á las monjas de la abadia contígua del castillo, la cual, un siglo hacia, era una ruina.

Todo estaba listo para la boda: novios, padres y convidados.

Tan solo faltaba el sacerdote.

Berta hizo un signo, y un obispo de mármol, tendido sobre su sepulcro, irguióse lentamente y fué á colocarse en las gradas del altar.

Entonces se arrepintió Hermann de su imprudencia, y hubiera dado bastantes años de su vida á trueque de estar en la ex-sala de guardias, acostado junto á sus camaradas; pero encontrábase encadenado por un poder sobrehumano, semejándose á un hombre, presa de una horrorosa pesadilla, que no puede gritar ni huir.

Mientras esto tenia lugar, Othon habia despertado, y sus miradas se dirigieron naturalmente hácia el sitio donde debia estar velando Hermann.

Hermann ya no estaba allí, y nadie habia de pié en su puesto, sustituyendo al arquero.

Othon se puso derecho: uno de sus postreros recuerdos era que, á punto que se quedaba dormido, vislumbrára confusamente que una puerta se abria, apareciendo luego una muger en el umbral. Habia tomado esto por el principio de un sueño; pero la ausencia de Hermann daba al sueño del adolescente apariencias de realidad. Asi que, sus ojos lanzaron inmediatamente una mirada á la puerta, que recordaba muy bien haber visto cerrada en tanto que él hizo centinela, y la cual tornaba á contemplar abierta.

Sin embargo Hermann, fatigado, podia haber cedido al cansancio: Othon cogió una rama de abeto, encendióla en el hogar, anduvo de acá para allá, examinando uno por uno á los arqueros, y no reconoció al que buscaba.

Entonces despertó al viejo arquero, á quien habia llegado el turno de velar.

Contóle Othon cuanto pasaba, y le suplicó que hiciese centinela, mientras él corría en seguimiento de su compañero estraviado.

El arquero veterano movió la cabeza, y, tras ésto,

—Habrá visto á la castellana de Windeck, dijo; perdido es en tal caso.

Othon rogó al anciano que se esplicase; pero éste no quiso decír mas. Sin embargo, las pocas palabras que acababa de escuchar, en vez de estinguir en Othon el deseo de tentar una esploracion, diéronle nuevo ardor. En toda aquella aventura adivinaba á algo de misterioso y de sobrenatural, y su ánimo se enorgullecia anticipadamente con la idea de averiguar cuanto sucediendo estaba. Además, el adolescente amaba á Hermann: los dos dias de márcha que habia ido en compañía de él, habíanle demostrado que era un bravo y jovial camarada, cuya pérdida le entristecía. En fin, nuestro jóven tenia gran confianza en una medalla milagrosa, traida de Palestina por uno de sus antepasados, el cual la habia mandado tocar en el sepulcro de Cristo; y este don se lo habia hecho su madre, cuando niño, y

llevábalo siempre religiosamente sobre su pecho.

Por mas observaciones que le opuso el viejo arquero, no por eso desechó Othon la resolucion tomada, y, á la luz de su antorcha, entró en la cámara vecina, cuya puerta habia quedado abierta; todo estaba allí en su ordinario estado. Viendo abierta, como la primera, una segunda puerta, pensó que Hermann habria entrado por la una y salido por la otra; tomó, pues, el mismo camino que él, y, como él, atravesó la larga série de aposentos que Hermann habia cruzado.

Luego, estaba la sala del festin.

Aproximándose á aquella sala, parecióle oir hablar: hizo alto al punto, aguzó las orejas, y, después de un instante de atención, ya no conservó duda alguna; solo que no era la voz de Hermann. No obstante, reflexionando que podria adquirir nuevas, de los que conversaban, se acercó á la puerta.

Llegado al umbral, detúvose, sorprendido por el estraño espectáculo que contemplaban sus ojos; la mesa permanecia servida é iluminada; únicamente los convidados habian variado, pues creeríase que los dos retratos se habian desprendido de los lienzos, bajado de los marcos, y que, sentados á uno y otro lado de la mesa, platicaban gravemente, como convenia á personas de sus años y de su condicion.

Presumió el adolescente que la vista le engañaba: ante sí tenia personages que, por lo que él miraba, parecian haber pertenecido á una generacion desaparecida mas de un siglo hacía, y los cuales se espresaban en el aleman de tiempo de Cárlos el *Calvo* (1).

Othon avivó su atencion, tratando de enterarse bien de cuanto veía y oía.

—A pesar de todas vuestras razones, mi querido conde, ob-

---

(1) Este monarca, que nació en el año de gracia 822, de Judit, segunda muger de Luis el *Benigno*, comenzó á reinar en Francia en 840, y fué elegido emperador de Alemania por el papa y el pueblo romano en 875; murió dos años después de esta eleccion, en Briord, aldea del Mont-Cenis. Creése que le envenenó su médico y favorito Sedecias, judío. —(N. del T).

jetaba la muger, no por eso dejaré de repetiros que el matrimonio que está contrayendo nuestra hija Berta es un malísimo enlace, de que no habia, hasta la fecha, ejemplo en nuestra familia... ¡Quitad allá! ¡Un arquero...!

—Señora, respondió el marido, decís bien; pero, de diez años acá, nadie vino á las ruinas, y ella sirve á un amo menos descontentadizo, para quien un alma es un alma... Por otra parte, puede llevar uno el trage de arquero, y no ser villano. Testigo ese jovenzuelo Othon, que viene á oponerse á la boda, que nos está insolentemente escuchando, y á quien voy á dividir en dos con mi acero, si al punto mismo no retorna junto á sus camaradas.

A estas palabras, volviéndose hácia la puerta donde estaba el mancebo, mudo é inmóvil por la sorpresa, tiró de la espada y fué derecho hácia él con paso lento y automático, ni mas ni menos que si se moviese con la ayuda de resortes hábilmente combinados, y no con la de músculos vivos.

Miróle avanzar Othon, sintiendo un espanto que no podia reprimir; mas no por eso dejó de pensar en ponerse á la defensiva, pronto á sostener el combate, cualquiera que fuese su adversario.

Empero, notando con que estraño enemigo tenia que habérselas, comprendió el mancebo que, para defenderse, todo le hacia falta, así las armas espirituales como las temporales; en consecuencia, antes de desenvainar su espada, hizo la señal de la cruz.

Al momento mismo, apagáronse las luces; la mesa desapareciò, y el anciano caballero y su esposa se desvanecieron como visiones. Othon permaneciò un instante aturdido; luego, no viendo ni oyendo ya nada, penetró en la sala, poco hacia resplandeciente y á la sazon completamente á oscuras. A la claridad de la tea de resina, notó que los convidados fantásticos habian vuelto á ocupar su sitio en los cuadros; tan solo los ojos del anciano caballero parecian aun animados, y seguian al adolescente, con mirar de amenaza.

Othon continuó andando.

A juzgar por lo que acababa de presenciar, presentia que un

peligro inminente amenazaba á Hermann; así que, reparando que una puerta estaba abierta, tomó aquella direccion, y entró en el corredor.

Llegado á la conclusion de él, encontróse en la parte alta de la escalera, descendió los primeros peldaños, y no tardó en hallarse á la entrada del campo santo de la abadía, mas allá del cual divisábase la iglesia iluminada: una puerta que daba paso á los subterráneos estaba franca, y parecia conducír asimismo al templo; pero Othon creyó mas oportuno ir allá por medio del cementerio, que por bajo del cementerio.

Adelantóse, pues, por el cláustro, y se dirigió hácia la iglesia: la puerta estaba cerrada; pero no tuvo mas que empujar, y la cerradura se desprendió de la puerta; tan carcomidas estaban los tablones de encina.

Entonces se encontró en la nave, y vió todo: religiosas, novios y padres. El anillo nupcial iba á pasar al dedo de Hermann, quien aparecia pálido y trémulo; el obispo de mármol, recien levantado del sepulcro, iba á dar su bendicion á Berta y al arquero. No cabia duda: aquel era el matrimonio de que hablaban el anciano caballero y su esposa.

Othon estendió la mano en direccion de una pila de agua bendita, llena no se sabe cómo, y trás esto, llevando á la frente sus dedos humedecidos, santiguóse.

Al punto mismo, todo se borró, como por mágia: obispo, novios, padres y religiosas. Los blandones apagáronse; la iglesia tembló como si, al tornar á sus tumbas, los muertos removiesen los cimientos. Un trueno retumbó, y brilló un relámpago en el presbiterio; y Hermann, de igual modo que si fuese herido por el rayo, cayó desvanecido encima de las losas del santuario.

Corrió Othon hácia él, alumbrado todavía por su tea, que estaba á punto de estinguirse, y, tomándolo sobre los hombros, trató de llevárselo. En aquel instante, la rama resinosa habia llegado á su fin; Othon la lanzó lejos de sí, y procuró ganar la puerta; pero, tan densa era la oscuridad, que no pudo conseguir su intento, y anduvo tropezando de pilar en pilar por espacio de

media hora larga, inundada de sudor la frente y los cabellos erizados al solo recuerdo de las cosas infernales que presenciado habia.

Por fin, dió con la puerta tan buscada.

No bien se hallaba en el cláustro, cuando oyó pronunciar su nombre y el de Hermann, que repetian muchas voces. Inmediatamente, porcion de antorchas llamearon en las ventanas ojivales del castillo, y algunas aparecieron al pié de la escalera, diseminándose luego bajo las arcadas del cláustro. Othon respondió entonces con un solo grito, en el cual agotó el resto de sus fuerzas, y cayó rendido cerca de Hermann, que continuaba sin conocimiento.

Los arqueros condujeron á entrambos jóvenes á la ex-sala de guardias, donde no tardaron en volver á abrir los ojos.

Hermann y Othon refirieron, cada uno á su turno, lo que les habia acontecido; en cuanto al viejo arquero, al punto que llegó á sus oidos aquel trueno, que estallaba sin tronada, habia despertado á sus compañeros, y todos pusiéronse á buscar á los dos aventureros, quienes fueron por fin encontrados, conforme acabamos de ver, en un estado muy semejante.

Nadie pensó en reconciliarse con el sueño, y, á los primeros albores de la mañana, la pequeña tropa salió silenciosamente de las ruinas del castillo de Windeck, tornando á emprender la ruta de Cleves, á donde llegará á eso de las nueve.

V.

La liza preparada para el tiro de arco, era una llanura que se estendia desde el castillo de Cleves hasta las orillas del Rhin.

Hácia la parte del castillo habia sido erigido un estrado, que aguardaba al príncipe y á su séquito; hácia la banda opuesta, y á la márgen del rio, las gentes de todos los pueblecillos circunvecinos estaban ya colocadas, esperando el espectáculo de que iban á disfrutar; el cuál érales tanto mas importante, cuanto que aquella vez el vencedor debia salir de las filas los plebeyos.

Un grupo de arqueros, recien venidos de las restantes comarcas de Alemania, ya estaba situado á una de las estremidades de la pradera, mientras que, al otro estremo, el blanco que debian alcanzar las flechas presentaba á ciento cincuenta pasos de distancia, en el centro de un carton blanco, un punto negro rodeado de dos círculos concéntricos, encarnado el uno y el otro azul.

A las once, rasgó los aires el tañido de trompetas: las puertas del castillo se abrieron de par en par, dando salida á una lucida cabalgata, que se componia del príncipe Adolfo de Ceves, de la princesa Elena y del conde soberano de Ravenstein.

Una numerosa comitiva de pajes y criados, tambien á caballo como sus amos, aunque á penas habia media milla entre la pradera y el castillo, caminaba en pos de los señores, semejándose, al seguir las revueltas del angosto sendero que descendia de la colina al llano, á una larga serpiente abigarrada que iba á apagar su sed al rio.

Prolongadas aclamaciones acogieron al rey y á la reina de la fiesta, á punto que subian al estrado que preparado les estaba.

Por lo que respecta á Othon, ya ellos habian tomado asiento y ni un monosílabo pudo articular su garganta; tan muda y profunda era la contemplacion en que cayera, á la vista de la jóven princesa Elena: era ésta, con efecto, una de las mas graciosas creaciones que podia producir aquella Alemania del Norte, tan fecunda en tipos pálidos y bellos.

Como las plantas que crecen á la sombra, estendiendo sus raices por un húmedo terreno, Elena carecia tal vez de esos vivos colores de la juventud, que brotan bajo un sol mas ardiente; pero, en cambio, tenia toda la flexibilidad y el encanto de las lindas flores de los lagos, que uno ve surgir del seno de las aguas al amanecer, para mirar un instante en torno de ellas y tomar parte en el festin de la vida, y las cuales se recogen á las primeras tintas del crepúsculo vespertino, acostándose por la noche sobre sus anchas y redondas hojas de tallos invisibles, dadas por la naturaleza para servirles de lecho.

La doncella seguia á su padre, y, á la vez, era seguida por el conde de Ravenstein, que debia, á dar crédito á voces que circulaban, recibir prontamente el título de desposado; detrás marchaban los pages, llevando sobre un cogin de terciopelo carmesí el birrete destinado á ser premio del vencedor.

Al cabo, los oficiales de la casa del príncipe Adolfo concluyeron de llenar los puestos de honor, reservados en el estrado; y, despues que la princesa Elena hubo contestado con un gracioso saludo al murmullo de admiracion que la habia acogido, su padre hizo seña de que podia comenzar el certámen.

Habia allí unos ciento veinte arqueros, y las condiciones impuestas eran éstas:

Los que, á la primera prueba, no hubiesen acertado el carton blanco, debian retirarse inmediatamente, renunciando á la segunda;

Los que, á la segunda, hubiesen puesto sus flechas fuera del círculo encarnado, á su vez estaban obligados á retirarse;

Finalmente, no debian quedar para la lucha definitiva sinó los que, hecha la tercera prueba, las hubiesen clavado alrededor del círculo azul.

De esta suerte, evitábase confusion entre los concurrentes, y además, ló cual era posible, que la casualidad en lugar de la destreza hiciese salir triunfante á un mediano arquero.

Dada la señal prevenida, todos los tiradores preparon sus arcos y sus flechas.

Cada cual habia sido inscrito, y el turno estaba arreglado por órden alfabético.

Un heraldo fué llamándolos, y, conforme leia sus nombres, avanzaban los arqueros y disparaban sus flechas. Una veintena sucumbió á esta primera prueba, y retiráronse, avergonzados y seguidos de las risas de los espectadores, á un recinto reservado, en donde bien pronto debian unírseles nuevos compañeros de infortunio.

Al segundo turno, el número de estos fué mas considerable todavia; pues, cuanto mas difícil era la empresa, tantos mas escluidos tenia necesariamente que haber.

En fin, al tercer turno, solo once tiradores quedaron para disputar el premio, y entre ellos contábase á Frantz-Roberto, á Hermann y Othon; eran la flor y nata de los arqueros, desde Strasburgo hasta Nimega.

Así que, se redobló la atencion, y aun los tiradores que no tenian opcion á disputar el premio, olvidando su derrota, participaban de la ansiedad general; y cada uno hacia votos, á fin de que la suerte, que les habia abandonado, protegiese á un amigo, á un paisano ó un hermano.

Un convenio particular hicieron entonces los arqueros, y era proceder á una cuarta prueba; toda flecha que no alcanzase esta vez al punto negro debia escluir á su tirador, reduciendo,

por lo tanto, el número de justadores.

Siete tiradores sucumbieron; Frantz-Roberto y Hermann habian puesto sus flechas mitad en lo negro y mitad en lo blanco; Mildar y Othon habian dado en el centro del punto.

Este Mildar, á quien nombramos por vez primera, era un arquero del conde de Ravenstein, cuya fama era conocida en toda la estension del Rhin, desde el parage en que el rio se pierde en medio de los arenales de Ortrecht, hasta el en que mana, humilde arroyo, de la cadena del San Gothardo; tiempo hacía que Frantz y Hermann deseaban encontrarse con tan terrible adversario, que siempre se les oponia, ganosos de sostener su renombre.

Decretóse que Hermann y Frantz prosiguiesen lizando: la ventaja inclinábase del lado de Mildar, y solo Othon la habia constantemente contrabalanceado.

Cuanto mas disminuia el número de tiradores, mas el interés de los espectadores se aumentaba.

Así, los cuatro arqueros que permanecian en la liza eran objeto de las miradas de todos.

Tres eran ya célebres por haber disputado y obtenido muchos premios; pero el cuarto y mas jóven de ellos era totalmente desconocido, y cada cual preguntaba por su nombre, sin que nadie pudiese averiguar sinó el que á sí propio se habia dado: *Othon el arquero*.

Segun el establecido órden alfabético, Frantz debia tirar primero. Adelantó, pues, hasta el límite marcado por una faja de césped, escogió su mejor flecha, apuntó lentamente, elevando su arco por grados, quedó inmóvil por espacio de algunos segundos, soltó luego la cuerda, y la flecha fué á clavarse en lo negro. De todas partes oyéronse aclamaciones, y Frantz se apartó para dejar sitio á sus camaradas. Hermann avanzó en seguida, tomó iguales precauciones, y obtuvo idéntico resultado.

Llegábale la vez á Mildar.

Ocupó su puesto, en medio de profundo silencio, eligió cuidadosamente una flecha en su carcaj, colocóla en equilibrio sobre un dedo, con objeto de ver si el hierro de la punta no pe-

saba mas que el marfil de la guarnicion, y tras esto, satisfecho de tal exámen, estiró la cuerda.

En aquel momento, el conde de Ravenstein, su patrono, se levantó del asiento, y, sacando de su escarcela un repleto bolsillo,

—Mildar, díjole, si tocas mas cerca del punto que tus dos adversarios, tuya es la bolsa.

Y la arrojó á los piés del arquero.

Mildar estaba tan preocupado, que apenas pareció prestar atencion á las palabras de su señor; la bolsa rodó sonando hasta la faja de césped, sin que el arquero volviese la cabeza.

Algunas miradas fijáronse un instante en el oro que brillaba á través de las mallas de seda, y, luego, se tornaron hácia Mildar.

La esperanza del conde de Ravenstein no salió fallida: la flecha de Mildar dió en mitad del punto negro, horadándolo y yendo á clavarse en el poste que sostenia el blanco. Un grito de entusiasmo elevóse atronadoramente, y el conde de Ravenstein batió las palmas.

Elena, al contrario, palideció tan visiblemente, que su padre, inquieto, inclinóse hácia ella con objeto de preguntarle si algun malestar la aquejaba; pero la jóven, por toda respuesta, movió á uno y otro lado, sonriéndose, su blonda cabeza, y el príncipe Adolfo, ya tranquilizado, volvió á dirigir sus miradas hácia los arqueros. Mildar recogia el bolsillo.

Restaba Othon, á quien la inicial de su nombre habia dejado el último, y á quien la puntería de Mildar parecia arrebatar toda probabilidad de acierto.

Sin embargo, tambien él habia sonreido, como la princesa, y, en aquella sonrisa, podia leerse que todavía el adolescente no se consideraba vencido.

Pero los que mas vivo interès parecian tener en esta lucha de destreza, eran Franzt-Robert y Hermann.

Frantz y Hermann, derrotados, habian concentrado todas sus esperanzas en el jóven camarada que la Providencia les depará.

No tenian una bolsa llena de oro para arrojársela á las plantas, á imitacion del conde de Ravenstein; pero se acercaron á Othon y le estrecharon la mano.

—Piensa en el honor de los arqueros de Colonia, dijéronle; aunque, en conciencia, nosotros no sabemos como podrás defenderlo.

—Si quiere quitar la flecha Mildar, respondió Othon, atrévome á meter la mia en el mismo agugero que la suya ha hecho.

Frantz y Hermann cambiaron una ojeada de admiracion, que se aproximaba al pasmo.

El adolescente habia formulado esta proposicion con tono tal de calma, y con sangre fria tal, que no dudaron del cumplimiento de la promesa de Othon, máxime teniendo en cuenta las pruebas que anteriormente habia dado.

Y, como un gran rumor se elevase de entre la concurrencia, hicieron seña de que querian hablar; al punto el silencio quedó restablecido.

Entonces Hermann, volviéndose hácia el estrado donde estaba el príncipe de Cleves, esforzó la voz y le trasmitió la súplica de Othon.

Era tan justa y estraordinaria, que le fué otorgada sin demora; y, aquella vez, fué Mildar quien sonrió, mas con un aire de duda tal, que probaba que tenia por imposible el propósito del adolescente.

Othon posó en el suelo su gorra, su arco y sus flechas, y fué por sí mismo, con paso lento é igual, á reconocer el agugero: era éste exáctamente como el que marcaba los tiros dicho habia.

Llegado al poste, Mildar, que habia seguido al mancebo, arrancó con su propia mano la flecha.

Frantz y Hermann quisieron hacer otro tanto; pero detúvoles Othon con una mirada.

Ambos comprendieron que su jóven camarada deseaba servirse de las dos saetas como de dos guias, y contestaron con un signo de inteligencia,

Cogió en seguida Othon una margarita de los campos, y metióla en la pequeña cavidad formada por la flecha de Mildar, á fin de acertar el centro del redondel negro con ayuda de un punto blanco; hecho esto, retornó á su puesto, sin humildad y sin orgullo, convencido de que, aun cuando perdiese el premio, lo habia disputado bastante largamente para ver sin vergüenza como pasaba á manos de otra persona.

Llegado al límite, aguardó que cada cuál ocupase su sitio; luego, restablecido el órden, volvió á coger el arco, y pareció tomar al azar una flecha, no obstante que un ojo perspicaz hubiese notado que el jóven sacára de debajo de las demás la flecha que habia cogido: agitó la cabeza, para apartar sus luengos cabellos rubios, los cuales, al inclinarse, habianle caido sobre los ojos; y por fin, sereno y risueño como el Apolo Pítico, colocó la saeta en el arco, levantóla lentamente á la altura de la vista y del blanco, llevó hácia sí la mano derecha, hasta que la cuerda le tocó casi en el hombro, permaneció un momento inmóvil como un arquero de piedra, y, de repente, vióse pasar la flecha como una exhalacion y desaparecer al propio tiempo la margarita.

Othon habia cumplido su palabra, y su flecha habia reemplazado en el centro del redondel á la de Mildar! Una esclamacion de sorpresa salió de todas las bocas: aquello parecia milagro.

Volvióse Othon del lado del príncipe, y saludó

Elena se puso encendida de placer, y Ravenstein púsose de despecho.

Entonces el príncipe Adolfo de Clevés se levantó y declaró que, en vista de lo que sucedia, eran dos los vencedores, y que, por consiguiente, habria dos premios: consistiría el uno en el birrete de terciopelo bordado por su hija, y en la cadena de oro que él llevaba al cuello el otro.

Empero, como esta nueva lucha de gran destreza le interesaba tanto como á toda la asamblea, deseaba que cada uno de los adversarios propusiese una postrera prueba, á su antojo, que el otro no podria rechazar.

Othon y Mildar aceptaron como hombres que la hubieran pedido si no se les ofreciese, y la muchedumbre, gozosa viendo prolongar un espectáculo que tan grato le era, palmoteó unánimamente, dando gracias al príncipe por su liberalidad.

El órden alfabético dejaba á Mildar la eleccion de la primera prueba.

Dirigióse á la márgen del rio, cortó dos ramas de sauce, plantó una de ellas á la mitad de la distancia del blanco primitivo, y después, ya convenientemente situado, disparó y la hendió de un flechazo.

Othon clavó la rama restante, é hizo otro tanto.

Llegábale la vez.

Cogió dos flechas, sugetó una en el cinturon, acomodó la otra en el arco, lanzóla de modo que describiese una línea curva, y, mientras que la primera saeta caia casi verticalmente, la partió con la segunda.

Tan maravilloso pareció esto á Mildar, que declaró que, no habiéndo ensayado nunca dicho ejercicio, juzgaba imposible salir airoso de él.

En consecuencia, confesábase vencido y dejaba á su competidor en libertad de elegir entre el birrete de terciopelo bordado por la princesa Elena y la cadena de oro del príncipe Adolfo de Cleves.

Othon se decidió por el birrete, y fué á hincarse de hinojos delante de la noble doncella, en medio de una triple aclamacion de la multitud.

VI.

Cuando Othon se irguió, ornada su frente con la gorrilla que acababa de ganar, su rostro estaba radiante de alegría y felicidad. Los cabellos de Elena casi habian rozado los suyos, confundiéndose la respiracion de una y otro, y aquella era la primera que aspiraba nuestro jóven el hálito de una muger.

Su jubon verde caia tan bien á su talle esbelto y delgado, tan brillantes estaban sus ojos con ese primer orgullo que esperimenta el hombre con su primer triunfo, tan gentil y altivo se mostraba, en fin, á causa de su victoria, que el príncipe Adolfo de Cleves juzgó al punto mismo cuán ventajoso le sería adquirir tal servidor.

En consecuencia de esto, dirigiéndose al adolescente, que iba á bajar las gradas del estrado,

—Un instante, mi jóven maese, le dijo; espero que no nos apartaremos así.

—Estoy á las órdenes de vueseñoría, respondió el mancebo.

—¿Cómo os llamais?

—Llámome Othon, monseñor

—¡Pues bien! Othon, continuó el príncipe, supongo que me conocereis, pues que habeis venido á mi fiesta. Siendo así, debeis saber que mis servidores y mis criados me consideran como un amo escelente. ¿Teneis empeñada vuestra palabra?

—Libre soy, monseñor, contestó Othon.

—¡Que me place! En este caso, ¿quereis entrar á mi servicio?

—¿En calidad de qué? replicó el mancebo.

—En la que parece mas propia de vuestra condicion y de vuestra habilidad: como arquero.

Sonrióse Othon, con espresion indefinible para los que únicamente miraban en él un diestro tirador de arco, é iba sin duda á responder, no segun su apariencia sinó conforme á su rango, cuando notó que los ojos de Elena estaban fijos en él con tal ansiedad, que la respuesta espiró en sus labios.

Al mismo tiempo juntó sus manos la jóven, como si rogase á Dios.

Othon conoció que se evaporaba su orgullo, á este primer rayo de amor, y, volviéndose hácia el príncipe,

—Acepto, le dijo.

Una clara ráfaga de felicidad iluminó el semblante de Elena.

—¡Muy bien! trato hecho, repuso el príncipe; á contar desde hoy, os tomo á mi servicio. He ahí un bolsillo lleno de monedas: son las arras de vuestro ajuste.

—Gracias, monseñor, contestó Othon sonriéndose; aun conservo algun dinero, que me dió mi madre. Cuando nada me reste, reclamaré de vueseñoría la paga que será servido darme, con arreglo á mis méritos. Solamente, ya que vueseñoría está tan bien dispuesto en favor mio, pediré otra gracia.

—¿Cuál?

—Contratar, al propio tiempo que á mí, á aquel guapo mozo que viendo estais allá abajo, apoyado en su arco, y el cual llámase Hermann: es un buen camarada, de quien no quisiera alejarme.

—Corriente. Anda, y hazle de mi parte igual proposicion que á tí te he hecho; y, si la acepta, regálale ese bolsillo que tú no quisiste guardar; quizás no oponga reparos á ello.

Saludó Othon al príncipe, descendió del tablado, y fué á ofrecer á Hermann el acomodo y la bolsa.

Al uno lo recibió con gozo, y con reconocimiento á estotra.

En seguida, entrambos jóvenes se incorporaron á la comitiva del príncipe.

Aquella vez no era el príncipe quien daba la mano á su hija, sinó el conde de Ravenstein, que habia solicitado y obtenido tal honor.

El aristocrático cortejo anduvo á pié unos cuantos pasos, hasta llegar al sitio donde estaban los caballos; un simple lacayo tenia del diestro la hacanea de la princesa Elena: el page que debia sostener el estribo, habiéndose alejado en demasía, no volviera aun de entre la multitud, á la cual se habia mezclado arrastrado por la curiosidad.

Notó su falta Othon, y, olvidando que se vendia, puesto que solamente un hidalgo debia desempeñar las funciones de paje ó escudero, corrió á reemplazarlo.

—Paréceme, mi jóven maese, le dijo el conde de Ravenstein, apartando al mancebo por un brazo; paréceme que el triunfo te hace olvidar tu rango. Por esta vez, te perdonamos tu osadía, en gracia á tu buena voluntad.

La sangre coloró el rostro de Othon tan rápidamente, que una cosa, como un relámpago, cruzó por delante de sus ojos; mas comprendió que, oponer una palabra ó un movimiento, era perderse.

Por lo tanto, permaneció inmóvil y callado.

Dióle gracias Elena con una mirada.

Entre aquellos juveniles corazones, que poco hacia se habian encontrado por vez primera, existia ya una inteligencia tan simpática y profunda, como si siempre hubiesen sido gemelos.

El caballo del paje habia quedado sin ginete, y el lacayo lo llevaba de la brida.

Viólo el príncipe, y distinguió tambien á Othon, que marchaba detrás, en compañía de Hermann.

—Othon, dijo el príncipe al primero de estos, ¿sabes montar á caballo?

—Sí, monseñor, respondió el adolescente, en cuyos labios dibujóse nuevamente la sonrisa.

—Pues bien: cabalga en el alazan del paje; no es justo que un vencedor vaya á pié.

Othon hizo una reverencia, como signo de acatamiento y gracias.

Luego, acercándose al corcel, subió á la silla sin tocar el estribo; con tanta agilidad y donaire tal, que era evidente que este nuevo ejercicio le era tan familiar como el de que acababa de dar, un instante hacia, una gran prueba de pericia.

La cabalgata continuó su camino en direccion del castillo.

Al llegar á la puerta de entrada, observó Othon el escudo que habia encima de ella, y en el cual estaban esculpidas y pintadas las armas de la casa de Cleves, que consistian en un cisne de plata sobre fondo de blau y ondas de sinople (1).

Recordó entonces que el cisne hacia relacion á una antígua tradicion de la casa de Cleves, la cual á menudo habia oido relatar en su infancia.

Sobre la puerta veíase un basto y macizo balcon, llamado de la princesa Beatriz, y, entre el balcon y la puerta, habia una escultura de principios del siglo XIII, que representaba un caballero dormido en una barca arrastrada por un cisne; en fin, esta figura heráldica estaba reproducida en todas partes, enlazándose graciosamente á la ornamentacion mas moderna de ciertas fachadas del castillo, fabricadas de nueva planta.

El resto del dia trascurrió en medio de festejos.

Othon, en su calidad de vencedor, fué, durante todo el dia, objeto de la atencion general; y así, mientras que el príncipe

(1) En heráldica, los *esmaltes* ó colores tienen diferente denominacion que en el lenguage comun; asi que, *blau* significe azul ó azur, y *sinople* verde.—(N. del T.)

daba un suntuoso banquete, ofrecieron á Othon sus camaradas una comida, de la cual fué príncipe el adolescente.

Unicamente Mildar rehusó participar de ella.

Al siguiente dia trajeron á Othon un traje completo de arquero, blasonado con las armas de Cleves.

Othon contempló largo rato esta librea, que, por mas militar que fuese, no por eso dejaba de ser para él una librea; pero, pensando en Elena, sintióse con ánimo suficiente, quitóse los vestidos que habia comprado en Colonia, y se puso los que en adelante debia llevar.

El mismo dia entró de faccion, destinándosele á la guarda de los torreones y las galerías.

Llegó el turno de Othon, y el jóven arquero fue colocado de centinela en una azotea que habia frente á las ventanas del castillo.

Dió gracias al cielo por esta casualidad,

A través de las ventanas, abiertas para dar paso á un rayo de sol que habia rasgado las nubes, esperaba divisar á Elena.

No se engañaba.

Elena apareció bien pronto, en compañia de su padre y del conde de Ravenstein.

Detuviéronse para mirar al jóven arquero.

Pareciòle á Othon que los ilustres señores se dignaban ocuparse de él.

Era, con efecto, objeto de su conversacion.

El príncipe Adolfo de Cleves hacia observar al conde de Ravenstein la buena apostura de su nuevo servidor, y el conde de Ravestein hacia notar al príncipe Adolfo de Cleves que su nuevo servidor, con menosprecio de todas las leyes divinas y humanas, llevaba crecida la melena como un noble, en vez de tener cortos los cabellos, como convenia á un hombre de condicion oscura.

Elena aventuró una palabra, deseando salvar de las tijeras la cabellera rubia y undosa de su protegido; pero el príncipe Adolfo, acatando la justa conservacion de su futuro yerno, y celoso de las prerogativas reservadas á la nobleza, respondió

que los demás arqueros tendrian derecho de quejarse, si se rompia en favor de Othon una regla á la cual ellos estaban sometidos.

Othon distaba de sospechar lo que á la sazon se tramaba contra aquel aristocrático adorno, que tanto amaba su madre.

Pasaba y repasaba el adolescente por delante de las ventanas, dirigiendo una ávida mirada al interior de los aposentos habitados por la que él, con toda su alma, idolatraba ya.

Y sueños de felicidad y proyectos de vengaza agolpábanse juntamente á la cabeza del jóven, enlazados como una serpiente ponzoñosa á un árbol cargado de esquisita fruta; luego, de cuando en cuando, un recuerdo de la cólera paterna oscurecia su frente, deslizándose como una nube entre el porvenir y el sol naciente de su amor.

Al acabar de hacer centinela, encontró Othon, en una antecámara, al barbero del castillo, que le estaba aguardando.

Enviábalo el conde, y venia para rapar al arquero.

Othon le hizo repetir dos veces esta órden, puesto que, no pudiendo desterrar los recuerdos tan gratos de su reciente esplendor, costábale trabajo creer que la órden en cuestion rezase con él; pero, reflexionando un poco, comprendió que lo que el príncipe exigia era sencillisimo.

Para el príncipe, Othon no era mas que un arquero, superior á los otros, es verdad; pero la destreza no ennoblecia, y únicamente los nobles tenian derecho para traer largo el cabello.

Menester era que Othon abandonase el castillo, ó que obedeciese.

Tal era la importancia que daban entonces los jóvenes de la grandeza á aquella parte de su adorno, que Othon se quedó dudoso: parecióle que, por su honor y el de su familia, no debia sufrir degradacion tamaña; por otra parte, al punto que la hubiera sufrido, convertíase á los ojos de Elena en un simple arquero, y mas valia pensar en alejarse de ella que ser rebajado en su presencia.

En esto estaba de sus reflexiones, cuando cruzó por la antecámara Adolfo de Cleves, dando el brazo á su hija.

Othon adelantó hácia el príncipe; y el príncipe, que reparó que el mancebo deseaba hablarle, paróse.

—Monseñor, le dijo el jóven arquero, perdonadme si oso dirigiros una pregunta; este hombre que está aquí, ¿ha venido realmente por mandato vuestro á cortarme los cabellos?

—Sin duda alguna, respondió el príncipe sorprendido; ¿y qué?

—Que vueseñoría no me ha hablado de tal condicion, cuando ofreció tomarme á su servicio como arquero.

—No te he hablado de eso, repuso el señor feudal, porque crei que no tuvieses esperanzas de conservar un distintivo que no es propio de tu estado. ¿Desciendes, por ventura, de noble sangre para llevar crecida la cabellera, ni mas ni menos que un baron ó un caballero?...

—Y sin embargo, contestó el adolescente eludiendo la pregunta, á haber sabido que vueseñoría exigiría de mí semejante sacrificio, quizá rechazase sus proposiciones, por mas deseos que yo tuviera de aceptarlas.

—Todavía es tiempo de volver atrás, mi jóven maese, dijo el príncipe, que comenzaba á encontrar estraño aquel empeño. Pero advierte que no te aprovechará de mucho, porque el primer señor por cuyas tierras pases exigirá de ti igual sacrificio, sin ofrecerte la misma recompensa.

—Para otro que no fueseis vos, monseñor, replicó Othon con un acento de desden que admiró al príncipe é hizo temblar á Elena, fácil seria intentarlo, pero difícil salir con su intento. Yo soy arquero, y, continuó posando una mano sobre sus flechas, llevo, como vueseñoría puede verlo, la vida de doce hombres pendiente de mi cinturon.

—Abiertas están las puertas del castillo, quédate ó màrchate, haz lo que mejor te plazca. No pienso retirar la órden dada; decide libremente. Ahora sabes las condiciones, y no podrás decir que he sorprendido tu buena fé.

—Ya estoy decidido, monseñor, contestó Othon inclinándose con respeto mezclado de dignidad, y pronunciando estas pa-

labras con una firmeza, que probaba que habia tomado su resolucion.

—¿Partes? díjole el príncipe.

Othon abrió la boca para responder; pero, antes de acentuar las palabras que para siempre debian separarle de Elena, quiso contemplar á la jóven por última vez.

Una lágrima asomaba en sus ojos.

Vió Othon aquella lágrima.

—¿Partes? repitió el príncipe, admirado de aguardar tanto tiempo la repuesta de uno de sus servidores.

—No, monseñor; me quedo, dijo Othon.

—Está bien, repuso el gran señor; alégrome de que seas mas razonable.

Y prosiguió su camino.

Nada pronunció Elena; pero miró á Othon con tal reconocimiento, que, cuando padre é hija estuvieron lejos, volvióse gozosamente el adolescente hácia el barbero, que aguardaba una decision.

—¡Vamos, maestro, le dijo, manos á la obra!

Y empujándole al primer aposento que halló abierto en la galería, sentóse y entregó su cabeza al pobre rapista, que dió comienzo á la operacion para que habia sido llamado, sin comprender absolutamente nada de cuanto delante de él sucedido habia.

No por eso dejó de darse prisa, y por lo tanto, al cabo de un momento, las baldosas estaban cubiertas con las hebras de aquella magnífica cabellera, cuyas rúbias crenchas servian como de precioso marco, aun no hacía cinco minutos, al gentil rostro del mancebo.

Quedóse Othon solo, y, á pesar de su respeto á las menores insinuaciones de Elena, no podía mirar sin lástima los mechones sedosos, con los cuales jugueteaba tan placenteramente la madre del adolescente; de pronto creyó percibir, al estremo del corredor, un leve ruido.

Prestó atencion, y reconoció las pisadas de la hija del príncipe.

Entonces, aunque por ella hubiese consumado tal sacrificio, tuvo vergüenza de mostrarse con la cabeza despojada de sus luengos cabellos, y se ocultó con presteza en un hueco de la cámara, delante del cual colgaba un tapiz.

Apenas habia hecho esto, vió aparecer á Elena.

Andaba lentamente, como si buscase alguna cosa.

Cuando pasó por delante de la puerta, lanzó una ojeada al interior de la estancia, fijándola en el pavimento.

Luego, mirando alrededor de sí, y observando que estaba sola, detúvose un instante, escuchó, y, en seguida, animada por el silencio, entró poco á poco y se agachó, siempre mirando y escuchando; después, habiendo recogido un rizo de cabellos del jóven arquero, ocultólo en el seno y se marchó.

Por lo que respecta á Othon, habia caido de rodillas, detrás de la tapicería, con la boca entreabierta y juntas las manos.

Dos horas mas tarde, precisamente cuando menos se esperaba, ordenó el conde de Ravenstein á su servidumbre que estuviese lista, para partir del castillo de Cleves al dia siguiente.

Todos se admiraron de esta súbita resolucion; pero, por la tarde, esparcióse el rumor, entre la servidumbre del príncipe, de que, apremiada por su padre para contestar á la demanda de matrimonio con el conde, que le había sido hecha, la hermosa doncella habia declarado que preferia entrar en un convento antes que dar la mano al conde.

VII.

Ocho dias después de los sucesos narrados en nuestro último capítulo, y á punto que el príncipe Adolfo de Cleves iba á levantarse de la mesa, anunciaron que un heraldo del conde de Ravenstein acababa de penetrar en el patio del castillo, trayendo un cartel de reto de su señor.

Volvióse el príncipe hácia su hija, animado el semblante por una espresion en la cual se mezclaba, de una manera intensa, el reproche á la ternura.

Elena se ruborizó é inclinó la vista al suelo; luego, tras una corta pausa, mandó el príncipe que fuese intruducido el mensagero á su presencia.

El heraldo entró.

Era un jóven hidalgo, ataviado con los colores del conde, cuyas armas llevaba bordadas sobre el pecho; saludó profundamente al príncipe, y, con voz henchida á un tiempo de firmeza y cortesía, cumplió su mision de guerra.

El conde de Ravenstein, sin mentar los motivos de su declaracion, desafiaba al príncipe Adolfo, donde quiera que le encontrase, ora fuese á combate singular, ora veinte contra veinte, ora ejército contra ejército, de dia ó de noche, en la montaña ó en la llanura.

Escuchó el príncipe el reto hecho de órden del conde, sentado y con la cabeza cubierta; después, cuando terminó el mensagero, púsose en pié, tomó de un sitial, dondé estaba tendido, su propio manto de terciopelo forrado de pieles de armiño y lo colocó sobre los hombros del heraldo; quitóse una cadena de óro que llevaba al cuello, la pasó al rededor del de aquel, y recomendó que fuese tratado como su propia persona, á fin de que, cuando partiera del castillo, fuese diciendo que el príncipe Adolfo de Cleves miraba lo mismo un cartel de desafio que la invitacion para una fiesta.

Sin embargo, bajo esta aparente tranquilidad ocultaba el príncipe una inquietud muy honda.

Habia llegado á la edad en que la armadura comienza á pesar en los hombros del guerrero.

No tenia él ni hijo ni sobrino á quien confiar la defensa de su querella; solo contaba con algunos amigos, de los cuales, en aquellos tiempos de guerras y revueltas, en los que cada uno tenia bastante con sus propios negocios ó con los del emperador, no se disimulaba que recabaría difícilmente socorros, ya que no simpatía.

No obstante, espidió á todas partes letras, haciendo un llamamiento á aliados y á amigos; en seguida ocupóse activamente de reparar su castillo y fortificar los puntos mas débiles, abasteciéndolo sin tardanza del mayor número posible de vituallas.

Por su parte, el conde de Ravenstein se habia aprovechado de los ocho anteriores dias, que llevaba de ventaja á su adversario.

Asi que, poco despues de recibido el mensage, y antesque los aliados y amigos del príncipe de Cleves hubiesen tenido tiempo de llegar en ayuda de este, oyóse de repente una voz que gritaba:

—¡A las armas!

Era la voz de Othon, el cual se hallaba de centinela en el adarve, y acababa de divisar, allá en el horizonte, hácia el lado de Nimega, una nube de polvo en medio de la cual brillaban las armas, como chispas en medio de una humareda.

El príncipe, á pesar de no presumir que tan pronto fuese el ataque, estaba á toda hora aprestado para combatir.

Mandó cerrar puertas y bajar rastrillos, y ordenó á la guarnicion que tomase posiciones en las murallas.

En cuanto á Elena, dirigióse á la capilla de la condesa Beatriz, y se puso á orar.

Empero, cuando las tropas del conde de Ravenstein estuvieron solamente á distancia de media legua del castillo, el mismo heraldo, que ya habia venido en nombre de su señor, destacóse del ejército, precediéndole un trompetero, y avanzó hasta el pié del muro.

Una vez allí, mandó sonar tres veces seguidas la trompeta, y el heraldo, de parte del conde, retó nuevamente al príncipe en persona, ó á un campeon cualquiera que quisiese batirse en su lugar; para esto otorgaba tres dias de plazo, durante los cuales él debia, cada-mañana, presentarse en la pradera que separaba del rio las fortificaciones, requiriendo al dueño del castillo á singular combate; trascurrido dicho plazo, si su reto no era aceptado, el conde daria la señal de la embestida; luego, intimado este reto, llegóse el heraldo á la puerta, y clavó con el puñal, en el maderámen, uno de los guantes de malla del conde su señor.

Adolfo de Cleves, por toda respuesta, arrojó uno de los suyos desde lo alto de las almenas; y después, como la noche se echaba encima, sitiadores y sitiados adoptaron respectivamente sus disposiciones, de ataque los primeros y los segundos de defensa.

Sin embargo, Othon, relevado del puesto que guardaba, y notando que no amagaba inminente peligro, habia bajado del muro al castillo; pues, recorriendo la parte reservada á los arqueros y á los criados del príncipe, acontecia que, algunas veces, el adolescente divisaba á Elena en los corredores.

Cuando esto acontecia, aunque ignorase que habia sido vista por el jóven arquero el dia aquel en que recogió el rizo de pelo, sonreíase á menudo la noble heredera, y ruborizábase siempre; luego, con cualquier pretesto, dirigia, aunque en raras ocasiones, la palabra á Othon: tales dias eran de fiesta en el corazon del mancebo, y, al punto que ella se habia alejado, iba á ocultarse en un rincon apartado y solitario del castillo, donde evocaba su memoria las palabras de la jóven castellana, y tornaba á ver, cerrando los ojos, la sonrisa y el rubor que las acompañáran.

Esta vez de que hablamos, en vano esperó: por mas que miraba y remiraba á todas las ventanas del castillo y paseaba arriba y abajo por todos los corredores, ni la vió ni la encontró.

Pensando que estaria Elena en la iglesia del castillo, dirigióse hácia allá el adolescente.

La iglesia se hallaba desierta.

No restaba mas que la capilla de la condesa Beatriz, donde pudiese estar la jóven; pero aquella capilla era reservada, y la servidumbre del príncipe no penetraba en ella jamás, á menos que fuese llamada.

Titubeó un momento Othon, no atreviéndose á seguirla hasta dicho santuario; pero, reflexionando que la gravedad de las circunstancias podia servirle de escusa, encaminóse por fin al parage donde contaba con hallarla, y, alzando la colgadura que pendia delante de la puerta, vió á Elena, que estaba arrodillada al pié del altar.

Por primera vez, Othon penetraba en aquel oratorio.

Era un tétrico retiro, que inspiraba recogimiento, y en el cual únicamente se deslizaba el dia á través de pintados vidrios; allí entregábase el alma á las dulcísimas fruiciones de la oracion.

Una sola lámpara, suspendida por cima del altar, ardia frente á un cuadro que representaba la misma tradicion de un caballero armado, conducido por un cisne.

Solamente que, en la pintura, la cabeza del caballero estaba circundada de una refulgente aureola, y, de las dos columnas que servian de marco al cuadro, veíase suspendida á la derecha

una espada de cruzado, cuya empuñadura y vaina eran de oro, y á la izquierda colgaba una corneta de marfil incrustada de perlas y rubiés; además, entre las columnas, sobre el cuadro, como aun hoy dia se usa en Alemania, estaba colocado un escudo que sostenia á un casco: eran ambos copia del casco y del escudo representados en el retrato, lo cual fácilmente se conocia, porque, así en la tabla como en el acero, ostentábase el propio blason, formado por una cruz de gules (roja), coronada de espinas y esmaltada en campo de oro, sobre un monte de sinople.

Esta espada y corneta, lo mismo que el casco y el escudo, habian pertenecido probablemente al caballero del cisne; y aquel caballero, sin duda ninguna, habia sido uno de esos pios capitanes que guerrearon durante las cruzadas.

Acercóse Othon quedamente á la jóven, la cual estaba orando en voz baja delante del caballero, como hubiera podido hacerlo en presencia del crucifijo ó en la de un mártir, y tenia en las manos un rosario de cuentas de ébano incrustadas de nácar, de cuyo remate pendia una pequeña campanilla, que ya no producia ningun son, porque el badajillo, desprendido por la vetustez, no habia sido reemplazado.

Al ruido que hizo Othon, tropezando en un taburete, volvió la cabeza la jóven, y, muy lejos de denotar en su semblante resentimiento por haber sido seguida asi, miróle sonriendo triste pero dulcemente.

—Ya lo estais presenciando, dijo ella; cada cual de nosotros obra conforme el espíritu que Dios le ha infundido. Mi padre se prepara para la pelea, y yo elevo al cielo mis rezos. Vos esperais vencer por medio de la sangre; yo, fio que será por medio de las lágrimas.

—¿Qué santo invocais? preguntó Othon, cediendo á la curiosidad que le inspiraba la vista de aquella imágen, reproducida ora en la piedra, ora en la tabla. ¿Es San Miguel ó San Jorje? Decidme su nombre, á fin de que yo pueda tomar por medianero al mismo santo que vos.

—Ni uno ni otro es, contestó Elena: llamábase Rodolfo de!

Alost, y el pintor se equivocó, pues le puso una aureola; la palma era lo que le pertenecía, toda vez que fué martir y no santo.

—Y no obstante, repuso Othon, vos le invocais como si estuviera sentado á la diestra de Dios padre; ¿qué os prometeis alcanzar de él?

—Un milagro, como el que hizo por nuestra abuela, en ocasion semejante. Pero, ¡ay de mi! el rosario de la condesa Beatriz está mudo ahora, y los sonidos de la campanilla bendita no despertarán por segunda vez á Rodolfo en Tierra Santa.

—No puedo daros temor ni esperanza, respondió Othon, pues no sé qué es lo que quereis decir.

—¿No conoceis esta tradicion de nuestra familia? observó Elena.

—Conozco de ella solamente lo que veo: ese caballero, que cruza el Rhin en una barca arrastrada por un cisne, ha libertado sin duda á la condesa Beatriz de algun riesgo.

—Sí: de uno parecido al que en estos instantes nos amenaza, y he ahí porque le dirijo mis súplicas. Mas adelante os referiré esa historia, continuó la joven, poniéndose en pié para alejarse.

—Y ¿por qué no ahora? replicó Othon, haciendo un gesto respetuoso para detener á la noble doncella. El tiempo y el lugar son á propósito para escuchar una guerrera leyenda y una tradicion piadosa.

—Tomad, pues, asiento y oidme, dijo Elena, á la cual no hacia falta mas que un pretesto para quedarse junto á Othon.

Othon hizo un movimiento de cabeza, indicando que se acordaba de la distancia que Elena queria olvidar, y permaneció de pié junto á ella.

—Vos sabeis, díjole la jóven, que Godofredo de Bouillon (1)

(1) Este *Godofredo*, apellidado de Bouillon y titulado duque de la Baja-Lorena, era hijo de Eustaquio II, conde de Tolosa, y sirvió con tanta fidelidad como bravura al emperador Enrique IV en Alemania y en Italia. En 1095, reconociendo en él todo el mundo grandes dotes militares, fué elegido jefe de los 300,000 cruzados que el papa Urbano y los demas príncipes cristianos enviaban á Palestina, á rescatar de los infieles el sepulcro de Cristo. Nicea, Antioquía y Jerusalem, sin contar otras muchas ciudades, cayeron en poder de Godofredo de

era tio de la princesa Beatriz de Cleves, una de nuestras abuelas.

—Lo sé, respondió el mancebo inclinándose.

«—Pero lo que ignorais, continuó Elena, es que el príncipe Roberto de Cleves, que se habia desposado con la hermana del héroe de Oriente, resolvió seguir á su cuñado en la cruzada, y, á pesar de los ruegos de su hija Beatriz, preparóse para cumplir esta cristiana resolucion.

«Godofredo, por mas piadoso que fuera, habia procurado al pronto hacerle desistir de dicho proyecto, toda vez que, partiendo para Tierra Santa, Roberto dejaba sola y sin apoyo á su hija única, la cual á la sazon contaba catorce años escasos.

«Nada, empero, pudo detener al viejo guerrero; quien, á todas las razones que le oponian, contestaba con la divisa que ya habia inscrito en su bandera: ¡Dios lo quiere!

«Godofredo de Bouillon, á su tránsito, debia llevar en compañía de él á su cuñado.

«La ruta de los cruzados estaba trazada á través de la Alemania y de la Hungría, y así no se desviaria del camino que debia seguir; por otra parte, queria decir adios á su sobrinita Beatriz.

«Dejó, pues, á su ejército, que se componia de diez mil hombres á caballo y de setenta mil infantes, bajo las órdenes de sus hermanos Eustaquio y Borduino; agrególes, para este mando provisional, á su amigo Rodolfo de Alost, y descendió el Rhin, dirigiéndose de Colonia á Cleves.

«Seis años hacia que no viera á la jóven Beatriz; durante este intérvalo, de niña que antes era, habíase trasformado en muger.

«Por todas partes se encomiaba su naciente belleza; la cual tan maravillosa debia llegar á ser, que aun ahora, cuando se quiere hablar, entre los comarcanos, de una mujer dechado de grácias y perfeccion, dícese: ¡Hermosa como la princesa Beatriz!

«Godofredo ensayó nuevos medios, con objeto de obtener

Bouillon, quien fué electo rey de Jerusalem por los capitanes del ejército espedicionario el último año del siglo XI. Murió en 1100, despues de un año de reinado, y despues de haber operado prodigios de valor, destruyendo con veinte mil hombres mas de cien mil guerreros egipcios. Jamás quiso Godofredo llevar corona de oro, en una ciudad donde Jesús habia sido coronado de espinas. —(N. del T.)

de su cuñado que se quedase al lado de la tierna doncella.

«Pero fué en vano: el príncipe ya habia tomado todas las medidas oportunas, para acompañar al futuro soberano de Jerusalem.

«Un escudero, nombrado Gerardo, famoso por sus fuerzas y valor, y el cual poseia la entera confianza de su señor, fué destinado por éste para proteger á la jóven princesa, recibiendo al efecto todos los derechos de tutor y todo el poder de mandatario.

«Por lo que respecta á Godofredo, el cual, sin duda en un momento de presciencia, veia con disgusto tales disposiciones, dió por único regalo á su sobrina el rosario que yo tenia en las manos cuando vos entrásteis aquí.

«Habia sido traido de Tierra Santa por Pedro el Ermitaño mismo.

«Y habia sido tocado en la tumba de Nuestro Señor, y bendito por el reverendo padre guardian del Santo Sepulcro.

«Pedro el Ermitaño hizo don de él á Godofredo de Bouillon, como de un talisman sagrado que tenia milagrosas propiedades; Godofredo aseguró á la doncella que, si algun peligro la amenazaba, no tenia que hacer sino coger este rosario, recitar alguna plegaria con uncion y fervor, é inmediatamente él oiria, donde quiera que se hallare, los sones de la campanillita que pende de un estremo, aunque montañas y mares separasen á entrambos.

«Beatriz recibió con júbilo el precioso rosario, cuyas virtudes tan solo su padre, su tio y ella conocian, y pidió al príncipe permiso para fundar una capilla, destinada á encerrar dignamente en un cofrecito de jaspe tan rico presente.

«No tengo necesidad de deciros que esta peticion le fué al punto concedida.

«Partieron los cruzados.

«Una inscripcion que vereis á la puerta del castillo, y que se dice grabada por mano de Godofredo de Bouillon, indica que esto acaeció el 3 de setiembre de 1096.

«Atravesaron pacíficamente y sin oposicion la Alemania y Hungría, llegaron á las fronteras del imperio griego, y, después

de haber permanecido algun tiempo en Constantinopla, penetraron en Bitinia.

«Dirigianse á Nicea, y no habia miedo de equivocarse de ruta, pues la marcaban las osamentas de los dos ejércitos que precedieron á este otro, mandado el primero por Pedro el Ermitaño, y por Gauthier-sin-Dinero el segundo.

«Avistaron á Nicea.

«Supongo que conocereis los detalles del cerco.

«Al tercer asalto, el príncipe Roberto de Cleves fué muerto.

«Esta nueva tardó seis meses en atravesar la Europa, y vino á cubrir de luto á la jóven princesa Beatriz.

«Continuó adelante el ejército espedicionario, marchando hácia el Mediodia, sufriendo tales fatigas y privaciones tales, que cada vez que divisaban una ciudad preguntaban los cruzados si era aquella la ciudad de Jerusalem, á donde iban.

«En fin, hízose tan intenso el calor, que los perros de los señores espiraban en trahilla, y morian sobre el puño los halcones.

«En un solo alto, se cuenta que perecieron quinientas porsonas, víctimas de la sed que esperimentaban, y la cual no podian apagar.

«¡Dios los tenga en la gloria!

«Mientras duró tan larga y costosa marcha, los recuerdos de Occidente asaltaban á los desgraciados cruzados, presentándoseles mas frescos y gratos que nunca.

«En Godofredo habian sido avivados por la muerte de su cuñado Roberto de Cleves.

«Así, pocos dias trascurrian sin que el general cristiano hablase á su jóven amigo, Rodolfo de Alost, de su encantadora sobrina Beatriz.

«Seguro de que ella no dispondria de su mano sin permiso del hermano de su madre, acariciaba la esperanza, si la santa empresa que le llevaba á Palestina no le encadenaba largo tiempo allá, de unir á Rodolfo y á Beatriz; tan frecuentemente habia hablado de la huérfana el jóven guerrero, que éste concluyó por enamorarse de ella, en vista del retrato que se le ha-

bia hecho, y si, por casualidad, durante un dia Godofredo no hablaba de Beatriz á Rodolfo, era Rodolfo quien hablaba de Beatriz á Godofredo.

«Llegaron al cabo delante de Antioquia.

«Despues de un sitio de seis meses, la ciudad cayó en poder de los cristianos; pero, á las marchas bajo un sol abrasador, á la sed en el desierto, sucedió bien pronto otro azote no menos terrible: el *hambre*.

«No habia posibilidad de permanecer mas tiempo en la ciudad conquistada, la cual habia sido antes tenida por puerto de salvacion.

«Jerusalem consideróse, por lo tanto, no solo como término de la espedicion, sinó tambien como una necesidad.

«Los cruzados salieron de Antioquia, entonando el salmo: *Levántese el Señor*, y *sus enemigos dispersados serán*, y encamináronse á Jerusalem, á cuya vista por fin llegaron, divisando á la ciudad sagrada desde las alturas de Emmaus.

«De los cientos de miles de guerreros que habian partido para Tierra Santa, que dabaná la sazon cuarenta mil únicamente.

«Al dia siguiente comenzó el sitio.

«Sucediéronse tres asaltos, sin resultado.

«El último duraba desde hacía tres dias, cuando finalmente, el viernes 15 de julio de 1099, el dia mismo y á la hora en que Nuestro Señor Jesucristo fué crucificado, dos hombres trepaban á lo alto de las murallas.

«Pero uno cayó, y quedó en pié el otro: el que habia quedado en pié era Godofredo de Bouillon, y el que habia caido era Rodolfo de Alost, prometido de Beatriz.

«Desvanecióse el sueño dorado del vencedor.

«Godofredo de Bouillon fué elegido rey, sin cesar, empero, de ser soldado.

«De regreso de una espedicion contra el sultan de Damasco, el emir de Cesarea vino á él y ofrecióle frutas de Palestina.

«Godofredo tomó una manzana de cedro, y la comió.

«Cuatro dias después, el 18 de julio de 1100, espiraba trás

once meses de reinado y cuatro años de ausencia.

«Pidiò que su sepulcro fuese elevado cerca del de su jóven amigo Rodolfo de Alost, y cumpliòse su voluntad postrimera.»

VIII.

«Las nuevas del teatro de la guerra venian, unas en pos de las otras, á resonar en Occidente; y, de todos los ecos que despertaban, el mas doloroso era el que gemia en el corazon de Beatriz, la cual supo sucesivamente la muerte del príncipe de Cleves su padre, de Rodolfo de Alost su prometido, y de Godofredo de Bouillon su tio.

«La menos dolorosa de estas tres nuevas era la de la muerte de Rodolfo, á quien ella no habia conocido; pero los otros dos allecimientos haciánla dos veces huérfana; perdiendo á Godoredo de Bouillon, creyó perder un segundo padre.

«Un dolor más se unió à los anteriores: durante los cinco años trascurridos desde la partida de los cruzados hasta la muerte de Godofredo, Beatriz habia crecido á la par que en edad, en belleza; era á la sazon una graciosa jòven de diecinueve años,

y apercibióse de que aquel escudero, al cual habia sido confiada, no se mostraba insensible al sentimiento que ella inspiraba á cuantos la contemplaban.

«Sin embargo, en tanto que contó con un defensor, Gerardo habia encerrado su amor en el fondo de su alma.

«Pero, tan pronto como vió á Beatriz huérfana y sin apoyo, atrevióse á declarar á la jóven su pasion.

«Beatriz acogió esta confesion como cumplia á la hija de un príncipe; pero Gerardo, antes de arrojar lejos de sí la máscara, habia adoptado su resolucion: respondió á la princesa que la concedia un año y un dia para su duelo, y que, trascurrido dicho tiempo, debia prepararse á darle el título de esposo.

«Una trasformacion radical se habia operado: el servidor hablaba como amo.

«Beatriz era débil, y hallábase aislada y sin defensa; ningun socorro podia esperar de los hombres. Por lo tanto, llamó en su auxilio á Dios, y Dios le envió, sinó la esperanza, al menos la resignacion.

«En cuanto á Gerardo, hizo cerrar el mismo dia las puertas del castillo, y puso en cada una guardia doble, temiendo que Beatriz intentase la fuga.

«Recordareis que Beatriz habia hecho fabricar esta capilla, para depositar aquí el rosario milagroso, que su tio le habia dado.

«Si Godofredo hubiese vivido entonces, ningun temor sentiria la jóven princesa, pues su corazon rebosaba fé, y él habia dicho que donde quiera que se encontrase, separado por montañas ó por mares, llegaria á sus oidos el son de la campanilla santa, lo cual seria bastante para que Godofredo volase en socorro de su sobrina; empero, Godofredo estaba muerto, y, á cada *Pater noster*, por mas que repicase la campanilla, ninguna esperanza abrigaba Beatriz, pues no habia ninguna de que tal nombre la proporcionase un defensor.

«Deslizáronse los dias; luego, los meses; por fin, se cumplió el año.

«Gerardo no habia dejado de vigilar escrupulosamente á la

jóven un momento, de suerte que nadie sabia la apurada estremidad á que estaba reducida.

«Por otra parte, en aquella época, la flor de la nobleza batallaba en Oriente, y á penas quedaban cabe las márgenes del Rhin dos ó tres caballeros que hubiesen osado, conociendo la fuerza y el arrojo de Gerardo, tomar la defensa de la bella cautiva.

«Amaneció el último dia.

«Beatriz, como de costumbre, acababa de elevar á Dios sus oraciones; el sol brillaba puro, como si la luz celeste no alumbrase mas que escenas de felicidad.

«La jóven fué á sentarse en su balcon, fijando los ojos en el parage de la ribera donde habia perdido de vista á su padre y á su tio.

«Hácia aquel mismo parage, ordinariamente desierto, parecióle distinguir un punto movible, cuya forma no podia ella precisar, á causa de la distancia; pero, tan pronto como lo divisó, parecióle, ¡cosa estraña! que dicho punto se movia así por ella, y, con esa supersticion que únicamente tienen los afligidos, concentró todas sus esperanzas, sin pensar cuáles podia tener todavia, en el desconocido punto que á medida que bajaba por el Rhin comenzaba á adquirir formas.

«Los ojos de Beatriz estaban fijados en él; con tanta persistencia, que la fatiga aun mas que la pena haciale verter lágrimas.

«Empero, á través de este velo de lágrimas, principiaba á distinguir una barca.

«Algunos instantes después, vió la jóven que la barca venia tirada por un cisne y ocupada por un caballero, que estaba derecho en la proa, con el rostro vuelto del lado del castillo, de igual modo que ella, desde el balcon del castillo, lo volvia hácia el caballero; en la popa relinchaba un corcel, enjaezado como para entrar en batalla.

«A medida que la barca se acercaba, tornábanse mas claros los detalles: el cisne estaba sugeto con cadenas de oro, y el caballero armado de punta en blanco, á escepcion de su casco

y de su escudo, colocados junto á él; de manera que fácil fué ver que era un gallardo jóven de venticinco á ventiocho años, de tez tostada por el sol de Oriente, pero cuyos blondos y ondulantes cabellos revelaban su origen septentrional. Beatriz estaba talmente sumida en esta contemplacion que no reparó como los baluartes se coronaban de soldados, atraidos tambien por el singular espectáculo que presenciaban; y la contemplacion de la jóven era tanto mas profunda, cuanto que ya no cabia engaño: la barca venia rectamente, hácia el castillo. Así que estuvo frente por frente, tomó tierra el cisne, y el caballero cubrióse con su casco, embrazò el escudo, saltó á la orilla, tiró de las riendas al caballo, que saltó trás de él, y acomodóse en la silla. Luego, haciendo con la mano una seña á la obediente ave, adelantó en direccion del castillo, mientras que la barca, remontando el rio, tornaba á emprender igual camino que á la venida.

«Llegado á cincuenta pasos de la puerta principal, el caballero cogió una corneta de marfil que traia en bandolera, y, acercándola á los labios, dió al viento trés prolongados y estridentes tañidos, como para imponer silencio; en seguida, con acento vigoroso,

«—¡Yo, esclamó, soldado del cielo y noble de la tierra, á tí Gerardo, castellano del castillo, ordeno en nombre de las leyes divinas y humanas que renuncies á tus pretensiones sobre la mano de Beatriz, á quien tienes prisionera con mengua de su nacimiento y de su rango, y que salgas al punto de este castillo, donde has entrado como servidor y mandas como amo; sinó, te desafío á todo trance de combate, á lanza y espada, á hacha y puñal, como traidor y desleal que tù eres, lo cual probaremos nos con la ayuda de Dios y de Nuestra Señora de Monte-Carmelo y en prenda he ahí un guante.

«Diciendo esto, el caballero despojóse de un guantelete de acero, que arrojó en tierra, y entonces pudo verse que en uno de sus dedos brillaba el diamante que debísteis reparar en mano de mi padre, y el cual es tan precioso que por sí solo vale la mitad de un condado.

«Gerardo era valiente; así que, por toda respuesta, fué abierta la puerta principal.

«Un paje salió á recoger el guantelete, y en pos del paje avanzó el castellano, ciñendo su armadura de guerra y cabalgando sobre su corcel de batalla.

«Ni una palabra cambiaron entre sí los dos adversarios.

«El desconocido caballero bajó la visera de su casco; Gerardo hizo lo propio.

«Los campeones tomaron, cada uno por su parte, el campo que creyeron necesario; enristraron las lanzas, y corrieron uno contra otro á todo el galope de sus caballos.

«Gerardo, ya os lo dije y repito, pasaba por uno de los hombres mas fuertes y mas esforzados de Alemania.

«Tenia una coraza forjada por el mejor armero de Colonia.

«El hierro de su lanza habia sido templado en la sangre de un toro, despedazado por perros, en el momento en que la sangre aun manaba hirviente en las convulsiones de agonía del animal; y sin embargo, la lanza del antiguo escudero del príncipe de Cleves se rompió, como si fuera de vidrio, contra el escudo del caballero, en tanto que la lanza del caballero traspasaba del mismo golpe el escudo, el peto y el corazon de su enemigo.

«Cayó Gerardo, sin articular una sola palabra, sin haber tenido tiempo de arrepentirse, como si un rayo le hubiese derribado.

«Volvióse el desconocido campeon hácia Beatriz, que estaba postrada de hinojos, dando gracias á Dios.

«Tan veloz habia sido el combate, y la estupefaccion que le siguió tan grande, que los hombres de armas de Gerardo, al ver rodar á su amo, ni aun habian pensado en cerrar la puerta del castillo.

«Entró, pues, el caballero en el primer patio, sin resistencia; apeóse, ató las bridas á una escarpia de hierro, y adelantó hácia la escalinata.

«Cuando ponia un pié sobre la primera grada, Beatriz apareció en la última,

«Salia á recibir á su libertador.

«—Vuestro es este castillo, señor caballero, díjole, puesto que acabais de conquistarlo. Miradlo como si os perteneciese. Cuanto mas tiempo moreis en él, mayor será mi contento.

«—Señora, respondió el vencedor, no es á mí á quien debeis dar gracias, sinó á Dios, pues Dios es el que me envía en socorro vuestro. Por lo que atañe al castillo, ha servido de cuna á vuestros padres y abuelos desde diez siglos há; y yo anhelo que todavía la sea de vuestros descendientes, por espacio de otros diez siglos.

«Ruborizóse Beatriz, pues ella era la última de la familia.

«No obstante, el caballero habia admitido la hospitalidad ofrecida.

«Era jóven y galan.

«Beatriz era la única dueña de su corazon.

«A cabo de tres meses, entrambos jóvenes apercibiéronse de que habia entre ellos por una parte mas que amistad, y mas que reconocimiento por la otra.

«Habló de amor el caballero; y, como parecia vástago de una ilustre casa, aunque no se le conociesen tierras, ni condado, Beatriz, que era rica por los dos, sintiéndose dichosa con hacer algun bien á aquel que tanto habia hecho por ella, ofrecióle con su mano su principado, que el caballero habia rescatado de una manera tan decidida, y sobre todo tan inesperada.

«El estrangero hincóse de rodillas ante Beatriz: la jóven le suplicó que se levantase.

«—Perdon, señora, dijo el caballero; teniendo necesidad de vuestra indulgencia, así permaneceré hasta tanto que la obtenga.

«—Esplicaos, dijo Beatriz; os escucho, pronta á obedeceros anticipadamente, como si ya fuéseis mi esposo y señor.

«—¡Ay de mí! esclamó el caballero; pareceraos sin duda estraño que, recibiendo tan gran merced de vós, no pueda aceptarla sinó con una condicion.

«—Concedida, contestó Beatriz. ¿Cuál es?

«—Que nunca me pregunteis ni mi nombre, ni de dónde vengo,

ni en qué lugar supe el peligro de que estabais amenazada; porque, si respuesta á estas tres cosas me exigiéreis, yo os amo tanto que no tendria ánimo suficiente para rehusar, y, luego que hubiese respondido, yo no podria permanecer mas tiempo á vuestro lado, y para siempre nos separaríamos. Tal es la condicion que me ha sido impuesta por el poder que me guió á través de montes, de llanuras y mares, durante el largo viage emprendido para venir á libertaros.

«—Y ¿qué importa vuestro nombre? ¿qué importan el sitio de donde vengais, ni la persona que os ha revelado que yo estaba en peligro? Abandono el pasado por el porvenir. Vuestro nombre será el de *Caballero del Cisne;* venís de una tierra de bendicion, y Dios es quien os envió. ¿Para qué saber mas? Tomad mi mano.

«Besóla el caballero con trasporte, y, un mes después, unía á los dos jóvenes el capellan del castillo en este mismo oratorio en el cual Beatriz, temiendo verse forzada á contraer un matrimonio que miraba con repugnancia, tanto habia orado y llorado por espacio de un año y un dia. El cielo bendijo tal enlace.

«En el trascurso de tres años, Beatriz hizo al caballero padre de tres hijos, á los cuales pusieron por nombre Roberto, Godofredo y Rodolfo.

«Trascurrieron otros tres años, reinando entre la esposa y el esposo una paz inalterable, que les hacia disfrutar una felicidad que creeríase pertenecer á otro mundo diferente de éste que habitamos.

«—Madre mia, suplicó cierto dia el tierno Roberto entrando en el castillo, dime el nombre de mi padre.

«—Y ¿por qué preguntas eso?

«—Porque el hijo del baron de Asperen mo lo pregunta.

«—Tu padre se llama el caballero del Cisne, respondió Beatriz; no tiene otro nombre.

«Contentóse el niño con esta respuesta, y marchó á seguir jugando con sus jovencitos amigos.

«Un año mas trascurrió, no ya en medio de los trasportes de

felicidad de antes, sinó en esa dulce calma que anuncia la intimidad de las almas.

«—Madre mia, dijo cierto dia el pequeñuelo Godofredo; cuando arribó aquí mi padre, en una barca tirada por un cisne, ¿de dónde venia?

«—Y ¿por qué preguntas eso? repuso Beatriz, exhalando un suspiro.

«—Porque el hijo del conde de Megen me lo ha preguntado.

«—Venía de un pais lejano y desconocido, contestó la madre; he ahí todo lo que yo sé.

«Esto satisfizo al niño, que trasmitió á sus jóvenes camaradas las palabras de Beatriz, y continuó jugando á orillas del rio, con el descuido propio de su edad.

«Pasó otro año, durante el cual sorprendió el caballero á su mujer cavilosa é inquieta.

«Sin embargo, no dió muestras de apercibirse de ello, y redobló sus cuidados y caricias.

«—Madre mia, dijo cierto dia Rodolfo, el menor de los tres hermanitos; cuando te libró de poder del malvado Gerardo ¿quién habia informado á mi padre de que tú necesitabas su ayuda?

«—Y ¿por qué preguntas eso? balbuciò Beatriz, derramando lágrimas.

«—Porque el hijo del margrave de Gorkum me lo ha preguntado.

«—Dios, contestó la triste madre; Dios, que vé á los que sufren, les envia sus ángeles para darles valimiento.

«El niño no insistió mas.

«Estaba acostumbrado á mirar en Dios un padre, y, por tanto, no se admiró de que un padre hiciese por su hijo lo mismo que Dios habia hecho por su madre.

«Pero la princesa Beatriz contemplaba las cosas de distinta manera.

«Habia reflexionado que el primer tesoro de sus hijos era el apellido del padre.

«Ahora bien: sus tres hijos no tenian apellido.

«Frecuentemente, la pregunta que cada uno habia hecho, seríale repetida por hombres; y no les era dado responder á los hombres de igual modo que ella habia respondido á los niños.

«Sumergióse, pues, en una melancolía profunda y contínua; y al cabo, sucediere lo que sucediere, determinó exigir de su esposo la revelacion del secreto que habia prometido respetar.

«El caballero echó de ver esta melancolía creciente, y adivinó la causa.

«Mas de una vez, al aspecto de Beatriz, á la sazon tan desgraciada, tentado estuvo de descubrírle todo; pero, al punto mismo, le contenia la idea de que tal confidencia iría seguida de una eterna separacion.

«En fin, Beatriz no pudo reprimirse mas tiempo; corrió, ó mas bien voló á presencia del caballero, y, cayendo arrodillada á sus plantas, rogóle en nombre de sus hijos que dijese quién era, de dónde venia y qué persona le habia enviado.

«Palideció el caballero, como si se acercase el último instante de su vida; después, posando los labios en la frente de Beatriz, y besándola,

«—¡Ay de mí! así debia suceder, murmuró suspirando; todo lo sabrás esta tarde.

«Y, tras esto, separáronse.

«Beatriz permaneció un rato inmóvil, á semejanza de una estatua clavada en el pavimiento; por fin levantóse, alzando los ojos al cielo, y quiso alargar los brazos como para detener á su esposo; sus brazos tornaron á caer sin fuerzas.

«Diríase que un poder sobrenaturál la impelia á averiguar el secreto de la vida del caballero del Cisne.

«En aquel instante, el sol, tan resplandeciente hasta entonces, comenzó á palidecer poco á poco.

«Un pabellon de blancas nubes, impelidas por el viento de la mañana, deslizábase por la atmósfera, como el velo de una

de esas hadas de los lagos del Norte, desprendido de su blonda cabellera.

«Fueron espesando los vapores, y un tupido manto gris cubrió el azul del cielo, reflejándose en la corriente del Rhin.

«—¡Ay! esclamó¡ Beatriz; ¡esposo mio, no quiero saber nada... nada!

«Pero el caballero ya estaba lejos del alcance de su voz. »

IX.

«La hora de comer pasó para ellos desapercibida

«Serian las seis de la tarde, poco mas ó menos, cuando los dos esposos fueron á sentarse en el balcon.

«Beatriz parecia estar aun mas pesarosa, mas procupada; en el semblante del caballero veíase retratada la tristeza.

«Entrambos guardaron silencio algunos instantes, y sus miradas se dirigieron instintivamente hácia el sitio por donde habia aparecido el caballero el dia de su combate con Gerardo. Divisábase el mismo punto, en el propio parage del rio.

«Beatriz se sobresaltó, y suspiró su esposo.

«Esta impresion, que conmovia á un tiempo sus dos almas, hizo que se acordasen una y otro de que entrambos estaban allí: encontráronse sus ojos.

«Los del caballero estaban humedecidos, y denotaban un sentimiento de tan honda tristeza, que Beatriz no pudo soportarlo serenamente, y dejóse caer de rodillas.

«—¡Oh! ¡no! ¡no, amigo mio! esclamó alzando la vista hácia su esposo; no quiero oir una palabra de ese secreto que

tan caro debe costarnos. Olvida la demanda que te he hecho; y, sinó legas un apellido á nuestros hijos, ellos serán tan denodados como su padre, y ganarán uno con las puntas de sus lanzas.

«—Escucha, Beatriz, dijo el caballero; todo está previsto por el Señor, y, puesto que ha permitido que tu me hicieses tal peticion, señal es de que mi última hora ha sonado. Nueve años he pasado junto á tí.... nueve años de una felicidad impropia de este mundo; esto es mas de lo que ningun hombre há alcanzado. Dá, como yo, alabanzas á Dios y oye lo que voy á revelarte.

«—¡Ni una palabra, ni una sola palabra! prorrumpió Beatriz; arrodillándose yo te lo suplico. Pero el caballero estendió el brazo en direccion del punto que, á cada momento que trascurria, hacíase mas y mas perceptible, y Beatriz reconocío la barca arrastrada sobre las ondas por el cisne.

«—Ya lo vés, dijo el caballero: ha llegado el dia de la revelacion. Escucha.... escucha, pues, lo que tan largo tiempo has tenido deseos de saber, y que yo debo confiarte, puesto que así lo has pedido.

«Beatriz, sollozando, reclinó su cabeza sobre las rodillas del caballero.

«Miró éste á su esposa con una indefinible espresion de amor y tristeza, y, colocando ambas manos sobre los hombros de la afligida mujer,

«—Yo soy, díjole, el compañero de armas de tu padre, Roberto de Cleves, y el amigo de tu tio, Godofredo de Bouillon; yo soy el conde Rodolfo de Alost, muerto en el cerco de Jerusalem.

«Beatriz arrojó un grito, irguió su cabeza abatida, y fijó en el caballero una mirada de espanto.

«Quiso hablar; pero su voz no acertó á proferir sinó sonidos inarticulados, como los que se escapan de nuestra garganta durante una pesadilla.

«—Si, yo soy, continuó el caballero; lo que te digo es inaudito. Empero, acuérdate, Beatriz, que yo habia caido peleando como bueno en la tierra de los milagros. El Señor hizo

por mí lo mismo que por la hija de Jairo y el hermano de Magdalena. ¡He ahí todo!

«—¡Ah! ¡Dios mio! esclamó Beatriz levantándose y tomando asiento al lado del caballero: lo que contais es increible.

«—Creia que mas fé abrigaba tu pecho, Beatriz.

«—¿Sois Rodolfo de Alost? murmuró la princesa.

«—El mismo. Godofredo, bien lo sabes, me habia encomendado, de igual modo que á sus dos hermanos, el mando del ejército para venir él en busca de tu padre. Cuando estuvo de vuelta, talmente le maravillaba tu juvenil belleza, que durante todo el camino no habló mas que de tí. Si Godofredo te amaba como á una hija, puedo decir que yo era amado de Godofredo como hijo suyo: así que, desde el instante que habia tornado á verte, una sola idea se apoderó de él: la de unirnos.

«A la sazon contaba yo veinte años, y tenia el alma tan virgen como la de una tierna doncella.

«El retrato que de tí me hizo inflamó mi corazon, y pronto, muy pronto te amé tan ardientemente como si yo te conociera desde niño.

«De tal suerte todo estaba convenido entre los dos, que ya no me llamaba mas que su sobrino.

«Murió tu padre.

«Llorélo, como hubiera llorado por el mio.

«Al exhalar el postrimer suspiro me dió su bendicion, y me renovó su consentimiento, que dado tenía.

«Desde entonces te miré como prometida mia, y tu recuerdo desconocido, pero siempre presente, floreció en medio de todos mis pensamientos; tu nombre se mezclò en todas mis oraciones.

«Llegamos á la vista de Jerusalem.

«En tres asaltos, rechazónos el enemigo: el último duró sesenta horas.

«Menester era renunciar á la ciudad santa, ó conquistarla aquella vez.

«Godofredo ordenó otro ataque.

«El y yo juntos tomamos el mando de una columna, y pusí-

monos á su cabeza: levantamos dos escalas, y trepamos uno al lado del otro; en fin, llegamos á lo alto del muro, y me afiancé con un brazo á una almena; ví brillar el hierro de una lanza, y, al punto mismo, sucedió á esta especie de relámpago un agudo dolor, y un estremecimiento helado recorrió todo mi cuerpo.

«Pronuncié tu nombre, y luego caí de espaldas, sin que nada mas viese ni sintiese... Estaba muerto.

«Ninguna idea conservo del tiempo que permanecí aletargado por ese sueño sin sueños que se llama la muerte.

«Cierto dia, parecióme que una mano se posaba sobre mis hombros.

«Vagamente creí que el dia de Josaphat habia llegado para los mortales todos.

«Un dedo tocó mis párpados; abriéronse mis ojos, y vi que yacia tendido en un sepulcro, cuya losa habíase alzado por sí sola; delante de mí, en pié, estaba un hombre, en quien reconocí á Godofredo, aunque un manto de púrpura pendia de sus hombros, y una corona real ceñia sus sienes y una aureola rodeaba su frente.

«Inclinóse hácia mí, introdujo su hálito en mi boca, y sentí entrar nuevamente en mi pecho la vida, la sensibilidad que habia huido.

«Sin embargo, se me figuró que todavia estaba sugeto al sepulcro por sólidas cadenas.

«Intenté hablar, pero mis labios separáronse sin pronunciar sonido alguno.

—«¡Despiértate, Rodolfo, puesto que el Señor lo permite! gritó Godofredo; y ahora ¡presta atencion á mis palabras!

«Hice entonces un movimiento sobrehumano, en el cual se aunaron todas las fuerzas nacientes de mi nueva vida, y murmuré tu nombre.

—«De ella es de quien te vengo á hablar, díjome Godofredo.

—«Pero, interrumpió Beatriz, ¿tambien Godofredo estaba muerto?...

«—Sí: un veneno le habia arrebatado de este mundo, y re-

comendó, antes de morir, que reposase su cuerpo cerca del mio; cumplióse la voluntad del ilustre finado, y fué inhumado con sus vestiduras reales; solo que, al manto de púrpura y á la diadema, Dios habia añadido una aureola.

«Godofredo relatóme estas cosas, sucedidas después de mi fallecímiento, y las cuales, por tanto, yo no podia saber.

«—¿Y Beatriz? le pregunté.

«—Hénos llegados ya á lo que la concierne, respondió.

«Yo, como tú, dormia en la tumba, aguardando la hora del juicio final, cuando me pareció que poco á poco, como si despertase de un sueño profundo, tornaba á la vida.

«El primer sentido avivado en mí, fué el del oido: creí percibir los sones de una pequeña campanilla, y, á medida que iba recobrando la existencia, hacíanse los sones mas distintos.

«Bien presto reconocí que eran los de la campanillita regalada á Beatriz.

«Al propio tiempo vínome la memoria de lo pasado, y recordé las maravillosas propiedades del rosario traido por Pedro el Ermitaño.

«Beatriz estaba en peligro, no cabia duda, y el Señor permitia que el tañido de la campanilla sagrada llegase hasta mi tumba, despertándome en brazos de la muerte.

«Abrí en seguida los ojos, y halléme en medio de densas tinieblas.

«Un temor terrible se apoderò de mí:

«Como ninguna conciencia tenia del tiempo trascurrido, figuróseme que habia sido sepultado vivo; pero, al punto mismo, un olor de incienso perfumó la bóveda mortuoria.

«Oí cánticos celestes: dos ángeles apartaron la piedra que cerraba el sepulcro, y columbré á Jesucristo, sentado cerca de su santísima madre, sobre un trono de nubes; quise prosternarme, pero no pude ejecutar el menor movimiento.

«No obstante, sentí desatarse los lazos que trababan mi lengua y esclamé:

—«¡Señor! ¡Señor! ¡bendito y alabado seais!

«El Cristo entreabrió á su vez los labios, y sus palabras lle-

garon hasta mí, dulces como el preludio de un arpa.

«—Godofredo, mi noble y piadoso siervo, ¿no oyes nada? me dijo.

«—¡Ay, sí, mi señor Jesucristo! respondió; oigo los sones de la campanilla santa, que me anuncia que la muger cuyo padre ha muerto por vos, cuyo prometido ha muerto por vos, cuyo tio ha muerto por vos, está en peligro, y á nadie mas que á vos tiene para socorrerla.

«—¡Pues bien! ¿qué es lo que puedo hacer por tí? dijo el Cristo. Yo soy el Dios remunerador: pide, y lo que me pidieres otorgado te será.

«—¡Oh mi señor Jesucristo! nada tengo que impetrar de vuestra bondad infinita para mí, pues me habeis dispensado mas mercedes que á hombre alguno. Vos me elegisteis para capitanear á los cruzados, y rescatar la ciudad santa; vos me disteis una corona de oro para ceñir á mi frente, allí donde os la ciñeron de espinas, y por fin he muerto en gracia. Por tanto, nada os pido para mí, ¡oh mi Dios! y ahora menos que nunca, puesto que mis ojos mortales han comtemplado vuestra divinidad. Mas si osase rogaros por otro....

«—¿No te acabo de decir que lo que me pidieres concedido será? Después de haber prestado fé á mi palabra durante tu vida, ¿dudarías de ella al despertar del sueño eterno?

«—¡Pues bien, mi señor Jesucristo! respondí le; vos que leeis en el fondo del corazon de los hombres, vos sabeis con qué pèsar he bajado á la tumba. Por espacio de cuatro años habia nutrido una consoladora esperànza: la de unir al que amo como un hermano á la que amo como una hija; hálos separado la muerte. Rodolfo de Alost murió en defensa de vuestra santísima causa. ¡Pues bien! mi señor Jesucristo, concededle los dias que él debia vivir, y permitid que corra en auxilio de su prometida, á la cual un grave peligro amenaza en este momento, á dar crédito á los sones de la campanilla, que no cesa de tañer, prueba de que la jóven no cesa de orar.

«—Cúmplanse tus deseos, dijo el Cristo; que Rodolfo de Alost se levante y vaya á valerá su prometida. Le doy licencia pa-

ra abandonar su sepultura, hasta el dia en que su esposa le pregunte quién es, de dónde viene y qué persona le envia. Estas trés preguntas serán la señal de que otra vez le llamo á mí.

«— Señor, Señor! esclamé segunda vez; ¡bendito y alabado seais!

«Apenas hube concluido de pronunciar estas palabras, cuando pasó, como una exhalacion, entre mí y el cielo, y todo desapareció.

«Entonces alcéme de mi sepulcro, y vine junto al tuyo.

« Y apoyé una mano en tus hombros, á fin de despertarte del letargo de la muerte.

«Y toqué con el dedo tus párpados, para que abrieses los ojos; y sobre tus labios esparcí mi hálito, para que recobrases la voz, la vida.—

«Y ahora, Rodolfo de Alost, levántate, pues es la voluntad de Dios Todopoderoso que corras á dar auxilio á Beatriz, y que te quedes á su lado hasta tanto que ella te pregunte quién eres, de dónde vienes y qué persona te envia.

«No bien calló Godofredo, cuando sentí desatarse los lazos que me ataban á la tumba.

«Erguíme del sepulcro, y erguíme tan lleno de vida como antes de recibir el golpe mortal; como habia sido enterrado con la coraza y demas arneses de guerra puestos, me encontré armado de punta en blanco, á escepcion de mi espada, que habia soltado al caer de la escala abajo, y probablemente no ha sido posible hallar.

«Entonces Godofredo me ciñó su propia espada, que era de oro, colgóme del cuello la corneta que solia usar para guiar á los suyos en la pelea, y colocóme en un dedo el anillo que le habia regalado el emperador Alejo. Luego, abrazándome,

«—Hermano, me dijo, Dios me llama á su seno. Tapa otra vez el sepulcro con la losa, y, hecho esto, vé, sin perder un minuto, á socorrer á Beatriz.

«En seguida tornó á tenderse Godofredo en su sepulcro, cerró nuevamente los ojos, y murmuró como antes:

«—¡Señor, Señor! ¡bendito y alabado seais!

«Inclinéme con objeto de abrazarle por vez postrera; pero ya estaba sin aliento, durmiendo el sueño de los justos.

«Acomodé en su sitio la piedra, que un dedo divino habia apartado; tras esto, fuí á arrodillarme delante del altar, oré fervorosamente, y, sin perder un minuto, resolví volar en tu ayuda.

«Bajo el pórtico de la iglesia encontré un caballo enjaezado como para entrar en combate, y una lanza estaba derecha, arrimada á la pared: ni un momento dudé que uno y otra eran para mí.

«Empuñé la lanza, cabalgué, y, pensando que el Señor habia fiado al instinto del bruto el cuidado de guiarme, dejéle sueltas las riendas sobre el cuello, para que emprendiese el camino que fuere de su antojo.

«Atravesé la Siria, la Capadocia, la Turquía, la Tracia, la Dalmacia, la Italia y la Alemania, y en fin, despues de un año y un dia de viage, llegué á las orillas del Rhin.

«Allí encontré una barca, á la cual estaba sujeto un cisne con cadenas de oro.

«Entré en la barca; poco después avistaba el castillo.

«Lo demás ya lo sabes, Beatriz.

«—¡Ay! suspiró ésta; he ahí el cisne y la barca, que abordan al mismo parage donde años hace han abordado; pero ahora, ¡desgraciada de mí! vienen á buscarte. ¡Rodolfo, Rodolfo, perdóname!

«—Nada tengo que perdonarte, Beatriz, dijo el caballero abrazándola. El tiempo prefijado ha trascurrido. Dios me llama; eso es todo. Démosle gracias por los nueve años de felicidad que nos ha otorgado, y pidámosle años semejantes, aunque de felidad suprema, para el reino de los cielos.

«Tras esto mandó venir el caballero á sus tres hijos, que estaban jugando en la cercana pradera; al punto acudieron.

«Primeramente abrazó á Roberto, que era el primogénito; dióle su escudo y su espada, y le nombró sucesor.

«Luego abrazó á Godofredo, que era el segundo; le entregó la corneta de marfil, y le concedió el condado de Louën.

«Finalmente, dió un abrazo á su hijo menor, Rodolfo, donándole el anillo y el condado de Messé.

«Hecho todo esto, estrechó el caballero por última vez á Beatriz contra su pecho, ordenóle que permaneciese donde estaba, y recomendó á sus tres hijos, quienes la veian verter lágrimas sin comprender la causa, que consolasen á su afligida madre.

«Descendió al patio, y allí encontró, enjaezado como la vez primera, al caballo que le habia traido desde Palestina; cruzó la pradería, volviendo á cada paso la cabeza, entró en la barca y fuése por donde habia venido, no tardando en desaparecer entre las nacientes sombras de la noche, anticipadas por la densa cerrazon.

«A contar desde entonces, la princesa Beatriz sentábase todos los dias, hasta su muerte, en el balcon que sabeis; pero jamás tornó á divisar la barca, ni el cisne, ni el caballero.»

—Y yo venia á rogar á Rodolfo de Alost, continuó Elena, que alcanzase de Dios un milagro parecido al que, en su misericordia, plugo hacer por la princesa Beatriz.

—Así sea, dijo Othon sonriéndose.

X.

El conde de Ravenstein habia cumplido su promesa.

A la salida del sol, vióse en la pradera, que separaba del castillo el rio, flotar su bandera por cima de su tienda ya alzada.

A la puerta de la tienda estaba colgado el escudo del conde, en cuyo centro brillaban sus armas, que eran de gules con un leon de oro rapante sobre un peñasco de plata; y, de hora en hora, un trompetero, saliendo del pabellon y volviéndose sucesivamente hácia los cuatro puntos del horizonte, daba al aire un toque de desafio.

Trascurrió el dia sin que persona alguna contestase al reto del poderoso señor feudal; pues, segun creemos haber manifestado, los aliados, los amigos y parientes del príncipe Adolfo de Cleves habian sido prevenidos asaz tarde, ó estaban ocupados en guerrear por su cuenta ó por la del emperador; de suerte, que ni uno solo habia acudido al llamamiento.

El viejo guerrero paseábase con preocupado aspecto por los baluartes; Elena rezaba en la capilla de la princesa Beatriz, y

Othon apostaba poner tres flechas de seguida en el leon rapante del conde de Ravenstein.

En cuanto á Hermann, habia desaparecido, sin que fuese dado averiguar por qué causa; y, al toque de diana, no se habia presentado, ni tampoco nadie por él.

Llegó la noche, sin cambiar la situacion respectiva de sitiadores y sitiados.

Elena no osaba mirar á su padre.

Consistia esto en que, á la sazon, entreveia todas las consecuencias de su repulsa, y esta repulsa habia sido tan súbita é inesperada, que la jóven temblaba á cada momento que el anciano príncipe le preguntase la razon de proceder tal.

El dia amaneció tan triste y amenazador como la víspera, y, con el primer resplandor del dia, oyóse el primer toque de desafiio, dado por los clarines del ejército del conde de Ravenstein.

El príncipe subia de hora en hora al adarve, volviéndose como el trompetero, hácia los cuatro puntos cardinales, y jurando que, en los tiempos de su mocedad, semejante reto no se hubiera repetido sin que diez campeones se presentasen, para defender una causa tan sagrada como la suya era.

Elena apenas se separaba de la capilla de la princesa Beatriz.

Othon estaba siempre sereno y descuidado, en medio de la general inquietud.

Hermann no habia retornado.

Pasó la noche entre desaliento y zozobras.

El nuevo dia era el último del plazo acordado.

Al siguiente debian comenzar los ataques y asaltos, y la vida de algunos centenares de hombres pagaria el capricho de una muger.

Así que, cuando las primeras tintas de la aurora comenzaron á teñir de rosicler el cielo, hácia la parte de oriente, Elena, que durante toda la noche habia estado llorando y orando en la capilla, resolvió sacrificarse para terminar esta querella.

Cruzaba el patio para ir á presencia de su padre, que se encontraba, segun la habian dicho, en la sala de armas, cuan-

do supo que á la llamada de la diana, Othon á su vez habia faltado, creíase que, de igual modo que Hermann, habia huido del castillo.

Este último golpe acabó de abatir á Elena.

Othon abandonaba al padre de la jóven princesa; Othon desertaba cuando la ayuda de un hombre, y, sobre todo, de un hombre tan diestro como él, tan necesaria era para la defensa del castillo. Tal cosa era una de esas que ni aun habia sospechado la jóven, y debia ejercer en su determinacion una influencia rápida y decisiva.

Adolfo de Cleves estaba ciñéndose la armadura

El anciano caballero habia evocado los recuerdos de su juventud, y, fiando en Dios, esperaba que Dios le devolvería el vigor de la virilidad; estaba, pues, decidido á medir sus armas con el conde de Ravenstein.

Comprendió Elena, á la primera ojeada, el cúmulo de desgracias que en pos de sí podia traer resolucion semejante.

Arrodillóse á las plantas de su padre, diciéndole que estaba pronta á desposarse con el conde.

Pero, esto diciendo, tanto dolor revelaba el acento de la jóven, tantas lágrimas á sus ojos asomaban, que el anciano príncipe calculó que valia mas para él perecer en la demanda, que vivir y ver á su hija única sufriendo eternamente, como en aquel entonces sufria.

A punto que el príncipe alzaba á Elena, y la estrechaba contra su corazon, sonó el toque de reto, que, de hora en hora, partia del real del conde de Ravenstein.

Padre é hija estremeciéronse al propio tiempo, como heridos por un mismo golpe.

Un silencio de muerte sucedió al bélico tañido de clarin.

Empero, esta vez fué corto el silencio: los sones de una corneta respondieron al reto que se acababa de hacer.

El príncipe y Elena se estremecieron nuevamente, aunque á impulsos de la alegría.

Llegábales un campeon.

Entrambos subieron al balcon de la princesa Beatriz, para

ver de qué parte venia aquel inesperado socorro, y fuéles fácil enterarse, pues todos los brazos y los ojos todos estaban estendidos y fijados en igual direccion.

Un caballero, armado de todas piezas, y con la visera calada, bajaba por el Rhin en una barca, trayendo á su lado un escudero armado como él.

Su caballo de guerra, atado á la proa de la embarcacion, y como su amo cubierto de acero, contestaba con relinchos al doble toque de combate que acababa de escuchar.

A medida que la barca avanzaba, podian distinguirse las armas del caballero, que consistian en un cisne de plata sobre fondo de gules.

Elena no acertaba á recobrarse de su sorpresa.

Rodolfo de Alost ¿habia oido sus súplicas? y un defensor sobrenatural ¿renovaria por ella el milagro que Dios habia hecho en favor de la condesa Beatriz?

Como quiera que fuese, la barca continuaba acercándose, en medio de la admiracion general.

En fin, atracó al mismo parage donde se habia detenido, dos siglos y medio antes, la del conde Rodolfo de Alost.

El desconocido caballero saltó á la ribera, hizo saltar en seguida al corcel, montó, y, mientras que su escudero permanecia en la barca, fué á saludar al príncipe Adolfo y á la princesa Elena; tras esto, encaminándose derechamente á la tienda del conde de Ravenstein, tocó su escudo con la punta de la lanza, en señal de que le desafiaba á muerte y á todo trance.

El escudero del conde de Ravenstein salió al punto, y examinó cuáles eran las armas del caballero encubierto.

Este traia una lanza en la mano, una espada pendiente del costado, una hacha colgada del arzon de la silla y además, pendiendo del cuello, veíasele el puñal llamado de *misericordia*.

Finalizado dicho exámen, tornó á entrar el escudero en la tienda.

Por lo que atañe al caballero, después de haber saludado segunda vez á los que venia á dar valimento, tomó el campo que le hacia falta, y, deteniéndose á cien pasos de la tienda, proxi-

mamente, aguardó á su adversario.

No fué larga la espera.

El conde ya estaba armado de punta en blanco, de suerte que no tenia que hacer sinó cubrirse la cabeza con el casco para entrar en liza.

Por lo tanto, salió prontamente de su tienda.

Trajéronle su caballo de guerra, y cabalgó en él con un ardor, que probaba los deseos que tenia de no retardar ni un segundo aquel combate, aceptado de una manera tan estraña por el caballero del cisne de plata.

Sin embargo, por mas prisa que le aguijase, lanzó una mirada á su enemigo, á fin de reconocer, si posible era, por algun signo heráldico, con qué hombre tenia que habérselas.

El caballero encubierto llevaba por cimera de su casco, como única señal distintiva, una pequeña corona de oro cuyos florones estaban recortados en forma de hojas de vid; lo que denotaba que era príncipe, ó hijo de príncipe.

Hubo un momento de silencio, durante el cual cada uno de los dos campeones aprestó sus armas, y los espectadores pudieron hacer un rápido paralelo entre uno y otro.

El conde de Ravenstein, que podia contar de treinta á treinta y cinco años, estaba en todo el vigor de la edad, y, firmemente colocado sobre su corcel de guerra, era el tipo de la fuerza material.

Echábase de ver que tanto esfuerzo costaría arrancarlo de los arzones, como derribar por el pié una encina, y falta haría un rudo leñador para llevar á cabo empresa tal.

El desconocido caballero, al contrario, por lo que podia juzgarse de él por la gracia de sus movimientos, salia apenas de la adolescencia; su armadura, apesar de cerrar perfectamente, tenia la flexibilidad de la piel de una serpiente: sentíase, digamoslo así, circular bajo aquel elástico acero una sangre jóven, y, vencedor ó vencido, era dado comprender que debia atacar ó defenderse con recursos bien diferentes de los que la naturaleza habia puesto á disposicion del conde de Ravenstein.

Sonaron los clarines de éste, y respondióles la corneta del caballero encubierto: el príncipe Adolfo de Cleves, que desde su balcon dominaba el lugar del combate como un juez del campo, gritó entusiasmado por los recuerdos de su juventud:

—¡*Id, nobles caballeros*!

Al punto mismo, los dos adversarios corrieron briosamente uno contra otro, chocando próximamente á la mitad de la distancia que concertado habian.

La lanza del conde resbaló sobre el borde del escudo del caballero, y fué á romperse contra la tarja que llevaba suspendida del cuello; en tanto que la lanza del caballero, dando en la cimera del casco del conde, despedazó las correas que lo sujetaban bajo la barba y arrebatólo de la cabeza de éste, quien quedó con ella desnuda y desarmada; al mismo instante, algunas gotas de sangre que rodaban á lo largo del rostro del sitiador, probaban que el hierro de la lanza, á la vez que habia arrebatado el caso, habíale rasguñado el cráneo.

El caballero del cisne de plata se detuvo, con objeto de dar al conde tiempo para tomar otro casco y otra lanza; indicando, con esto, que no queria aprovecharse de la primera ventaja conseguida, y que se hallaba pronto á proseguir el combate con armas iguales.

Comprendió su adversario esta cortesía, y vaciló antes de decidirse á sacar partido de ella.

No obstante, como su contrario le acababa de dar una prueba, en aquel primer encuentro, de que no era un combatiente que debiera desdeñarse, arrojó el inútil trozo de astil que en las manos le quedaba, tomó de las de su escudero un casco nuevo, y, desviando con un brazo la lanza que le presentaba, desenvainó la espada, dando á entender que preferia continuar el duelo á esta última arma.

Inmediatamente el caballero imitó á su enemigo, punto por punto, tirando á un lado la lanza y sacando la espada; hecho lo cual saludó, como esperando la vénia del conde.

Otra vez sonaron ruidosamente los clarines, y entrambos campeones precipitáronse uno contra otro.

Desde los primeros tajos y reveses, conocieron los espectadores que sus previsiones no saldrían fallidas: el uno contaba con su fuerza, y con su agilidad el otro.

Cada cual obraba en consecuencia, descargando golpes de filo el primero, é hiriendo de punta el segundo; el conde de Ravenstein, procuraba hacer pedazos la armadura de su enemigo; el encubierto caballero, trataba de falsear la del suyo.

Era aquella una lucha terrible: el conde de Ravenstein, asestando cuchilladas á dos manos como un leñador, hacia saltar, á cada mandoble que descargaba, algunas astillas de hierro; el cisne de plata habia completamente desaparecido, caiase el escudo pedazo tras pedazo, y la corona de oro estaba rota.

Por su parte, el caballero desconocido habia buscado todas las aberturas posibles, para deslizar por alguna de ellas la muerte en el corazon de su adversario; y, de debajo de la gola y de las hombreras de la coraza de éste, manaban algunas gotas de sangre, que corrian por la armadura del conde, indicando harto bien que la punta de la espada penetrára por cuantas aberturas topó.

Siguiendo de tal suerte, el resultado del combate era cuestion de tiempo.

¿Resistiría la armadura del caballero del cisne de plata hasta tanto que el conde de Revenstein perdiese sus fuerzas, á causa de las dos ó tres heridas que parecia haber recibido?

He ahí lo que todo el mundo se preguntaba, en vista de la táctica adoptada por cada cual de los combatientes.

Finalmente, una cuchillada descargada por el conde de Ravenstein desbarató completamente la parte superior del casco de su adversario, dejándole el cráneo poco menos que sin defensa.

Desde entonces todas las probabilidades de triunfo parecieron inclinarse del lado del conde, y hubo un rato de terrible angustia para el príncipe y para Elena.

Mas no fué de larga duracion, pues el jóven campeon del

príncipe comprendió que era tiempo de cambiar de táctica; en su consecuencia, cesó de asestar golpes, para ocuparse únicamente de pararlos.

Vióse, á contar desde aquel momento, una justa maravillosa: el caballero del cisne de plata detúvose, inmóvil como una estátua, y tan solo su espada y su brazo semejaban estar animados, puesto que la espada de su adversario, tropezando por todas partes en la suya, no tocó mas la armadura del desconocido paladin.

Hábil era el conde en el manejo de las armas; pero todos los recursos de las armas parecian muy familiares á su enemigo.

Las dos aceradas hojas seguianse una á otra, como si un iman las atrajese mútuamente,

Creeríase que eran un relámpago cruzándose con otro relámpago, ó dos aguijones de serpientes que triscan.

Sin embargo, tal lucha no podia prolongarse.

Las heridas del conde, por leves que fuesen, dejaban escapar bastante sangre, que corria hasta las gualdrapas del caballo.

Deteníase además la sangre en el casco, y, de vez en cuando el conde se veia obligado á resoplar por los agujeros de la visera.

Conoció que sus fuerzas comenzaban á debilitarse, y que se enturbiaban sus miradas,

La destreza del adversario del conde érale á la sazon perfectamente demostrada, para que nada esperase de la espada.

Así que, tomando una resolucion desesperada, con una mano arrojó lejos de sí el arma inútil, y con la otra arrancó prestamente su hacha, pendiente del arzon de la silla.

El caballero hizo otro tanto, con una precision y una prontitud tales, que parecia cosa de mágia, y los dos combatientes halláronse prontos á principiar de nuevo la lucha; lucha que, esta vez, debia ser decisiva.

Pero, á los primeros hachazos que uno y otro campeon se asestaron, apercibiéronse de que habia cambiado enteramente su respectiva situacion.

Era el conde de Ravenstein quien se tenia á la defensiva, y

el caballero del cisne de plata quien, á su turno, atacaba; con tal vigor y rapidez tal, que no era dado seguir con la vista el arma corta y pesada que centellaba en sus manos.

Mostróse, por espacio de un instante, digno el conde de su nombre y fama.

Al cabo, parando tarde un golpe, un hachazo de su adversario cayó á plomo sobre el casco del poderoso señor de Ravenstein, hizo añicos la cimera y la corona del conde, y, aun cuando el hacha no penetrase hasta la cabeza, hizo el efecto de una maza.

El conde, aturdido, inclinóse sobre el cuello de su caballo, y asiólo con ambas manos, buscando instintivamente un apoyo.

Luego dejó caer el arma que continuaba empuñando todavia.

Y, después de vacilar un momento, rodó al suelo, sin que su contrario tuviese necesidad de redoblar los golpes.

Acorriéronle los escuderos, y levantaron la visera del casco de su señor: el conde arrojaba sangre por la nariz y por la boca, y estaba completamente desvanecido.

Por lo tanto, fué trasportado á su tienda, y, al desarmarlo, halláronle otras cinco heridas en diferentes parajes del cuerpo, además de las de la cabeza.

Por lo que respecta al caballero del cisne de plata, tornó á colgar su hacha del arzon de la silla, metió la espada en la vaina, recogió la lanza, y, adelantando de nuevo hácia el balcon de la condesa Beatriz, saludó al príncipe Adolfo y á su hija; en seguida, cuando creian que iba á entrar su libertador en el castillo, dirigióse á la ribera, desmontó, volviò á entraren la barca, llevando tras de sí al caballo, y la barca remontó al punto el Rhin, arrebatando al vencedor misterioso.

Dos horas mas tarde, el conde, que recobró los sentidos, ordenó que sin pérdida de tiempo se levantase el campamento, y él y su ejército dieron la vuelta, camino de Ravenstein.

Después de mediodia llegó el conde Karl de Homburgo, con una veintena de hombres de armas.

Acudia en socorro del príncipe Adolfo de Cleves, quien, segun saben nuestros lectores, habia enviado mensages á todos sus amigos y aliados de las cercanías.

Inútil era ya el socorro; mas no por eso el veterano guerrero fué menos afectuosamente acogido y dignamente festejado.

XI.

En tanto que en Cleves tenian lugar los sucesos que narrados quedan, el landgrave Ludwig, no teniendo ya á su lado mas que á su antíguo amigo el conde Karl de Homburgo, continuaba en el castillo de Godesberg, llorando á Emma, que se obstinaba en no regresar, y á Othon, á quien él juzgaba muerto.

Vanamente procuraba el conde infiltrarle una doble esperanza, diciéndole que su muger le perdonaría, y que su hijo sin duda habia ganado la opuesta márgen á nado, escapando así á los encargados de custodiarlo.

El infeliz landgrave no quería dar crédito á estas palabras de esperanza, y replicaba que, habiendo condenado sin misericordia, sin misericordia era á su vez condenado.

Semejante violento estado de cosas no podia durar; pero, en cambio, una melancolía profunda sucedióle, y el landgrave se encerró en los mas apartados aposentos del castillo de Godesberg.

Solamente Homburgo era admitido junto á él, y aun trascurrian dias enteros, de cuando en cuando, sin que lograse llegar hasta allá.

El buen caballero no sabia qué partido adoptar: ora queria ir en busca de Emma, al convento de Nonenwert, aunque temia que una nueva repulsa agravase la pena del esposo; ora queria correr en pos de Othon, indagando el paradero del adolescente; pero temblaba ante la idea de que una indagacion inútil llenase hasta el borde la copa de amarguras del padre.

Pugnando con estos encontrados pensamientos se hallaba, cuando llegaron al castillo de Godesberg las letras del príncipe Adolfo de Cleves.

En otra circunstancia cualquiera, el landgrave Ludwig hubiérase apresurado á acudir en persona á aquella invitacion de guerra; pero talmente abismado estaba en su dolor, que confirió plenos poderes á Homburgo, y el buen caballero, despues de haber aparejado por sí propio á su amigo Hans con el arnés de batalla, segun añeja costumbre, púsose á la cabeza de veinte hombres de armas y se encaminó al principado de Cleves, á donde llegó la tarde misma del dia en que se habia verificado, entre el caballero del cisne de plata y el conde de Ravenstein, el combate por nosotros descrito.

El conde Karl habia sido recibido como un antiguo compañero de armas, y encontró el castillo entregado al regocijo.

Una sola circunstancia, de la cual nadie acertaba á darse cuenta, proyectaba su sombra sobre la resplandeciente alegría del príncipe.

Era ésta la desaparicion del caballero encubierto, el cual de una manera tan estraña y rápida se habia alejado, que el príncipe vióle desaparecer antes de hallar medio de retenerle.

Durante la noche, únicamente de él se habló y de la misteriosa aventura acaecida, y todos se retiraron á reposar, sin haber dado con un cabo del ovillo.

De tal modo se habia fijado el espíritu del príncipe en un solo pensamiento, una vez terminado el combate, que únicamente

cuando se vió solo acordóse de la desercion de sus dos arqueros, Hermann y Othon.

La conducta de ellos, en los momentos de peligro, le pareció tan incomprensible por parte de estos dos hombres, que resolvió, si por ventura tornaban al castillo sin poder dar plausible escusa, despedirlos ignominiosamente á presencia de los demás arqueros.

En su consecuencia, dióse órden á los centinelas de noche que, caso de volver al castillo Othon y Hermann antes del amanecer, previniesen al príncipe por la mañana temprano.

Al dia siguiente, al rayar el alba, un page entró en la cámara del príncipe.

Los dos desertores habian penetrado en el alojamiento de los guardias, hácia las dos de la madrugada.

Vistióse el príncipe acto continuo, y mandó que hiciesen comparecer á Othon.

Diez minutos después, el jóven arquero se presentó delante su señor.

Tanta serenidad se retrataba en su semblante, como si no echase de ver los motivos de aquel llamamiento.

Miróle el príncipe con severidad; pero lo que obligó á Othon á inclinar la vistr al suelo, ante la terrible mirada de Adolfo de Cleves, fué visiblemente un sentimiento de respeto, no de vergüenza.

Nada podia comprender el príncipe de aplomo tal.

Interrogó á Othon, y el mancebo respondió á todas las preguntas del príncipe con mesura, pero con firmeza: habia estado ocupado, durante todo el dia anterior, en un importantísimo negocio en el cual Hermann le habia secundado; y eso era cuanto podia decir.

Por lo que atañia á la falta de Hermann, cargaba el adolescente con la responsabilidad; porque él, Othon, se habia prevalido de la influencia que tenia con el jóven, quien le era deudor de la vida, para hacerle faltar á sus deberes.

Tampoco comprendia el príncipe esta obstinacion; mas, como á una falta contra las prescripciones de la disciplina militar

añadia una desobediencia al poder señorial, manifestó á Othon que, aunque con pena, veíase obligado á despedir á un tan diestro arquero, puesto que era contra todas las reglas establecidas en el castillo que un servidor suyo se alejase sin obtener licencia para hacerlo, y retornase luego sin querer decir de dónde venia; en consecuencia de esto, el jòven arquero podia considerarse como libre, y entrar al servicio del señor que mas de su agrado fuere.

Dos lágrimas asomaron al borde de los párpados de Othon; pero, al punto, secas fueron por la llamarada que invadió su rostro, y, sin oponer palabra, inclinòse el jóven arquero y salió de la estancia.

No sin pena, como sabemos, habia tomado el principe tal resolucion, y menester le fué apelar á la cólera, despertada en él por la obstinacion del culpable, para castigarlo tan severamente.

Así que, pensando que el mancebo se arrepintiria, corrió el principe á una ventana, que daba al patio que debia atravesar Othon para dirigirse al alojamiento do los arqueros, y recatóse detràs de una colgadura, á fin de no ser descubierto, seguro de que iba á verle desandar lo andado.

Pero Othon se alejó lentamente, sin volver hàcia atrás la cabeza.

Y el principe le seguia con los ojos, perdiendo una esperanza á cada paso que el adolescente caminaba, cuando vió adelantarse, por el lado opuesto del patio, al conde Karl de Homburgo, que iba á vigilar por sí mismo que el desayuno de Hans, su corcel favorito, fuese dado á la hora acostumbrada.

El viejo conde y el jóven arquero marchaban, pues, al encuentro uno de otro, cuando, alzando la vista entrambos, quedaron parados, como detenidos por un mismo y oculto resorte.

Othon habia reconocido á Karl; Karl habia reconocido á Othon.

El primer movimiento del mancebo fué el de alejarse; pero Homburgo le estrechó entre sus brazos, reteniéndole apoyado contra su corazon con toda la fuerza de que era capaz la an-

tígua amistad que, treinta años hacia, unia al buen caballero y al landgrave de Godesberg.

Creyó el príncipe que el conde Karl de Homburgo perdia el juicio.

Un conde abrazando á un arquero pareciale tan estaño espectáculo, que no acertaba á dar crédito á lo que contemplando estaba.

Por tanto, abrió la ventana, llamando á Karl con todas sus fuerzas.

A esta aparicion, solamente tuvo nuestro jóven tiempo para rogar al caballero que le guardase secreto, y encaminóse presurosamente á los departamentos de los guardias, mientras que Homburgo se acercaba, acatando la invitacion del príncipe.

El príncipe hizo varias preguntas á Homburgo; pero éste, á su vez, nada quiso descubrir.

Contentóse con responder que Othon, habiendo estado largo tiempo al servicio del landgrave de Godesberg, érale conocido desde niño, y tanto afecto le profesaba que, al encontrarlo, no habia sido dueño de reprimir un primer movimiento de júbilo.

Por lo demás, no dejaba de convenir, con la franqueza habitual en él, que aquel primer movimiento le habia llevado mas allá de los límites que permitia el decoro.

El príncipe, que se dolia de la severidad que habia usado con Othon, porque sospechaba algun misterio en la estraña ausencia del mancebo, aprovechóse de la ocasion que se le presentaba para deshacer lo que habia hecho.

En su consecuencia, llamó á un criado, y ordenóle que fuese á decir al arquero que podia permanecer en el castillo, puesto que, á instancias del conde Karl de Homburgo, le otorgaba su perdon.

Mas el criado volvió á poco rato, manifestando que el mancebo habia desaparecido en compañía de Hermann, y nadie podia decir positivamente qué habia sido de entrambos.

Preocupado quedóse algun tiempo el príncipe; tanto, que olvidó el combate de la víspera, aunque bien pronto este re-

cuerdo tornó á ocupar su espíritu, deplorando el tener que dejar sin recompensa la adhesion y el valor del caballero encubierto.

Consultó al conde Karl sobre lo que, tocante á esto, debia ejecutar; y el buen caballero aconsejóle que proclamase que la mano de Elena, perteneciendo de derecho á su defensor, el caballero del cisne de plata no tendria que hacer sinó presentarse para recibir tal recompensa, que era preciosa aun para un hijo de rey, á causa de la hermosura y riquezas de Elena.

Aquella misma tarde partió del castillo el conde Karl, apesar de las instancias del príncipe; negocios de importancia, decia Karl, llamábanle al lado de su antiguo amigo el landgrave de Godesberg.

Othon estaba aguardando al caballero en Kerveinhelm: allí fué donde supo la desesperacion del landgrave.

Todo se habia borrado en el jóven, ante la idea de los sufrimientos de su padre; todo, hasta el amor que hacia palpitar su corazon por Elena.

Asi que, exigióle al conde que se pusiesen en camino sin pérdida de tiempo.

El conde abrigaba una esperanza, y era la de conducir, á la vez, á presencia del landgrave, la esposa y el hijo de éste; pues esperaba que una palabra de Othon obtendria de su padre lo que los ruegos del esposo no habian podido obtener.

No se equivocaba Homburgo.

Tres dias despues contemplaba, á través de lágrimas de alborozo, á su antiguo amigo, apretando entre sus brazos á su muger y á su hijo, que él habia creido perdidos para siempre.

En cambio, el castillo de Cleves parecia desierto: la partida de Othon habíale arrebatado la animacion.

Elena oraba sin tregua en la capilla de la princesa Beatriz, y Adolfo de Cleves no cesaba de mirar desde el balcon, por si veia retornar al caballero del cisne de plata.

Padre é hija no se reunian mas que á las horas de comer.

Cada uno estaba inquieto por la tristeza del otro.

Finalmente, el príncipe Adolfo resolvió ejecutar al pié de la letra el consejo dado por el conde Karl.

Y cierta tarde, cuando Elena, que habia estado orando toda la mañana, se retiraba á continuar sus rezos, detúvola su padre á punto que trasponia el umbral.

—Elena, la dijo, desde el dia del combate en que tan dichosamente te libertó del conde de Ravenstein, ¿no has pensado alguna vez en el caballero desconocido?

—Sí tal, padre mio, respondió la jóven; y tanto es así, que creo no haber dirigido una oracion á Dios, desde aquel dia, sin suplicarle que le recompensase, puesto que vos no podeis hacerlo.

—La única recompensa que convendría á un tan noble y jóven guerrero, como daba indicios de ser el encubierto, es la mano de la que él ha salvado, repuso el príncipe.

—¿Qué estais diciendo, padre mio?.... esclamó Elena tornándose encendida.

—Digo, respondió el príncipe, notando en la espresion del rostro de su hija mas sorpresa que inquietud; digo que estoy apesarado por no haber puesto mas pronto en vias de hecho el consejo de Karl de Homburgo.

—¿Y qué consejo es ese? preguntó Elena.

—Sabráslo mañana, contestó el conde.

Al dia siguiente, partieron unos heraldos para Dortreck y Colonia, proclamando doquiera que el príncipe Adolfo, no hallando, para premiar al que habia combatido por su causa y la de su hija, mas noble recompensa que la mano de esta misma hija, prevenia al caballero del cisne de plata que dicha recompensa le aguardaba en el castillo de Cleves.

Hácia la conclusion del sétimo dia, á punto que el príncipe y Elena estaban sentados en el balcon de la princesa Beatriz, la jóven posó vivamente una de sus manos sobre el brazo de su padre, mientras que con la otra le mostraba un punto negro, que se divisaba en el rio, á la parte de la punta de Dornick; esto es, en el propio parage donde habia desaparecido Roberto de Alost.

En breve aquel punto hízose mas y mas visible.

Reconociô Elena, la primera, que era una barca montada por trés señores y seis remeros.

Bien pronto fué dado distinguir que los primeros estaban cubiertos de acero, que traian las viseras caladas, y el del medio embrazaba un escudo blasonado.

Los ojos de la jóven fijáronse tenazmente en el escudo.

Al cabo de un instante, no hubo ya duda: el escudo ostentaba un cisne de plata sobre campo de blau.

Hasta el príncipe, no obstante su debilitada vista, comenzaba á distinguirlo.

Adolfo de Cleves rebosaba contento.

Elena estaba trémula

Atracó por fin la embarcacion.

Los tres caballeros saltaron á tierra, y dieron á andar en direccion del castillo.

Tomó de la mano el príncipe á Elena, y, obligándola á bajar, la condujo casi forzosamente al encuentro de su libertador.

En lo alto de la escalinata, faltó el ánimo á la jóven, y tuvo que detenerse Adolfo de Cleves.

En aquel momento, los trés armados penetraron en la plaza de armas.

—Bien venidos, caballeros, quien quiera que seais, díjoles el príncipe; si alguno de vosotros es verdaderamente el valeroso campeon que con tantos brios vino en nuestra ayuda, acérquese y alce la visera de su casco, á fin de que yo pueda abrazarle á rostro descubierto.

Al oir esto, el que traia el escudo blasonado quedóse un momento parado, apoyándose en el hombro de los dos caballeros que le acompañaban, pues parecia estar tan trémulo como la jóven princesa.

Pero al punto dominó su emocion; y subiendo una á una las gradas de la escalinata, siempre seguido por sus compañeros, detúvose en la penúltima, hincó una rodilla en el suelo ante Elena, y, tras un instante de vacilacion, levantó la visera del casco.

—¡Othon el arquero....! esclamó el príncipe estupefacto.

—¡Segura estaba yo! murmuró la ruborosa doncella, ocultando el rostro en el pecho de su padre.

—Mas ¿quién te habia dado derecho para llevar un casco coronado? repuso el príncipe.

—Mi nacimiento, respondió el mancebo con esa voz dulce y firme, que el padre de Elena en él habia observado.

—¿Quién me lo atestiguará? continuó Adolfo de Cleves, dudando de la respuesta de su ex-arquero.

—Yo, su padrino, dijo el primer armado adelantándose

—Yo, su padre, dijo el otro, avanzando hasta colocarse á la par del primero.

Y entrambos, al pronunciar las anteriores palabras, alzaron á su vez las viseras de sus cascos.

Eran Karl de Homburgo y Ludwig de Godesberg.

Ocho dias después, los dos jóvenes desposábanse en la capilla de la princesa Beatriz.

Ved ahí la historia de *Othon el arquero*, tal como yo la oí contar á orillas del Rhin.

FIN.